

ARRIAZA Y SUPERVIELA, JUAN BAUTISTA DE (1770-1837)

POESÍAS LÍRICAS

LIBRO II

Amenas y descriptivas

INDICE:

El canastillo
Idilio V

A Olimpia cantando
Soneto

Transformaciones de Venus
Idilio VI

Poesías extemporáneas en ocasión de varios convites y ocurrencias
Soneto

Anacreóntica

Dando los días de San Antonio a una señorita hija de un diplomático
Cenando en su casa con varios amigos y señoras

Brindando en un convite de bodas

Implorando a favor de la Real Imprenta la protección de SS. MM., que fueron a visitarla en 1818

Estancias

La reina aplicando a la prensa su real mano sacó estampado el siguiente
Madrigal

Con igual motivo
Soneto

En igual ocasión a los serenísimos señores Infantes

A Lidia, comiendo en el campo
Imitación de Catulo

A unos amigos que le reconvenían sobre su olvido de la poesía
A la noche

Oda

Emilia

Poema descriptivo y moral
Canto I

Las artes
Canto II

Gusto y beneficencia

Ofreciendo a una belleza una guirnalda hecha toda de mariscos
Soneto

A una dama que acompañaba a su marido en campaña
Soneto

A la misma enferma después de la campaña
Madrigal

A la bella madre de un hermoso niño
Sáfica

La Zelmira
Canción

Enviando a una dama unos versos amorosos antiguos que ésta le había pedido
Letrilla

Terpsícore o las gracias del baile
Poema

Al casamiento de la bella en los primeros días de la primavera
Soneto

Al cumpleaños de Maraya R... célebre poetisa inglesa
Soneto

El amor y la amistad

Rondel

Reglas del buen gusto para las tres más arduas empresas de la poesía: tragedia, poema épico, y comedia

Canto didáctico

La excelencia de las bellas artes

Rasgo didáctico

En elogio de una excelente cantora que había deseado mucho oír

A la entrada del rey nuestro señor en Madrid después de pacificar la Cataluña

Canto lírico

Himno

Coro

El ciprés, o el llanto de una madre

Canción

Aranjuez en los días del Rey nuestro Señor

Oda

Complaciendo al deseo de una Señora, que había conocido desde niña, de que
escribiese versos en su libro de memorias

A otra en igual ocasión

Al original de un retrato muy parecido

Epigrama

Inscripción

El canastillo

Idilio V

Yo vi, vecino al templo
de la Ciprina diosa,
a una Dríada hermosa,
que era en su baile ejemplo
de adoración graciosa.

De otras Dríadas bellas
el coro la seguía,
mas esta al frente de ellas
el campo las abría;
que el campo florecía

bajo sus lindas huellas,
puro como la nieve,
como la niebla leve
pende de su cintura
un velo que procura

burlar el cefirillo;
y rosas mil en torno
son el sencillo adorno
de su talle sencillo.
Llevaba un canastillo

de florecillas varias,
que libres desde el prado
volaron voluntarias
al canastillo amado.
Su cuerpo delicado

en dulce movimiento
va imitando a la palma,
que ya se dobla al viento,
ya queda firme en calma.
Su ligereza es tanta

que apenas se divisa
cuando la yerba pisa.
Y con lasciva planta
y con lasciva risa
hace que al templo marche

el coro peregrino,
bailando al son del parche
de un ronco tamborino.
Luego que al templo llega
el coro se despliega

como en vistosa calle,
Y sola en medio al valle
con actitud airosa
queda ostentando el talle
la Corifea hermosa.

Blanca como azucena,
fresca como la rosa,
libre cual mariposa
ya de atractivos llena
sobre él un pie se posa,

mientras el otro vaga,
y rebatiendo halaga
al que por él reposa.
¡Cuan gentil! ¡cuan ligera
trisca por la pradera!

Anhelantes y lasos
tras sus veloces pasos
se afanan los amores
por aprender ardores
para turbar sosiegos:

por aprender distintos
lúbricos laberintos
siguen su pie los juegos.
Ora corre, ora salta,
ora vuela, ora falta

el tiempo al que la mira,
y de placer suspira.
Ya elegante y altiva
derecha el aire hiende;
ya jugando furtiva

cual agua fugitiva
por el valle se extiende,
y unas flores sorprende
y otras flores esquiva.

El canastillo en tanto

con la sencilla ofrenda
era su dulce encanto,
su acariciada prenda.
Y así, en gentil retozo,
alzando en cada salto

el canastillo en alto,
al Céfiro de gozo
parece le decía:
«no verás en el templo
ofrenda cual la mía.»

Y que le respondía
el Céfiro: «contemplo,
oh ninfa deliciosa,
que en ti veré la Diosa
cuando entres en el templo.»

A Olimpia cantando

Soneto

Guarda, Olimpia, esa boca seductora,
que dulcemente canta y dulce ríe,
para aquel orgulloso que se engríe
de que ninguna gracia le enamora.

El ejemplo de una alma que te adora,
por más que de tus ojos se desvíe,
hará que el más soberbio desconfíe
de no rendirse a la fatal cantora.

Yo el suave olor que de tus labios parte,
y aun el tacto evité de tus vestidos,
y los ojos cerré por no mirarte;

pero al sonar tu voz en mis oídos,
Olimpia, vi que para no adorarte,
es menester quedarse sin sentidos.

Transformaciones de Venus

Idilio VI

Por mostrarse entre las Diosas
Venus siempre aventajada,
de mil suertes caprichosas
varió las formas hermosas
con que en Chipre es adorada.

Y para tornar consejo
en tan diversos primores
de beldad, gracia y despejo,
pidió a una fuente su espejo,
y al prado un marco de flores,

Dejando lo delicado,
en grandes formas descuella;
y el cielo aplaude admirado
al verla en nuevo traslado
tan colosal como bella.

Luego, en la forma donosa
con que el Amor la encariña
cuando en sus brazos reposa,
brindando besos de rosa
parece ser Venus niña.

Ya la doble parte oculta
que de la espalda declina;
ya la que en el seno abulta;
y así ¡cuán tierna! resulta,
¡cuán virginal! Venus fina.

Mas se ve pronto mudada,
pues ostenta de repente
cada forma tan marcada,
que parece torneada
por Amor Venus turgente.

Luego en la sin par figura
con que a sus rivales priva
del lauro de la hermosura,
encanta con su dulzura,
y es la Venus primitiva.

Tras esto ostenta rigores
con toda la turba amante,
y aunque inspira mil ardores,
a uno solo da favores,
y al fin es Venus constante.

Mas pronto se manifiesta
tan caprichosa y tan varia,
y a tantos votos se presta,
que es mariposa en floresta,
y en amor Venus voltaria.

Finge, después, que la inspira
Amor su llama invisible;
con ojos lánguidos mira,
con pecho ansioso suspira,
Y al cabo es Venus sensible.

Ya a nuestra vista se ofrece
distráida y taciturna;
la luz del sol aborrece;
sólo de noche aparece
para ser Venus nocturna.

Ya olvida el talle de Diosa,
y sólo el de Ninfa imita;
y de ser Venus airosa,
pasa a ser Venus hermosa,
y luego Venus bonita.

Ya entre dos hermanas bellas
la Diosa estando perpleja,
sin saber cual copie de ellas,
forma un signo en dos estrellas,
que llaman Venus pareja.

Pero si en color trigueño
baña el gracioso semblante,
trasluciéndose en su ceño
con lo esquivo lo halagüeño,
¡Ay qué Venus tan picante!

Ya a las Gracias desafía
con viveza juvenil;
y ora baile, u ora ría,
toda es chiste y alegría,

toda imán Venus gentil.

También hace que en su mano
el crótalo se distinga,
y moviendo por el llano
pie fino y cuerpo gitano,
¡Quién no aplaude a Venus chinga

Al fin linda y sin colores,
desmayada se reclina
en lecho de mustias flores;
y te lloran los amores,
¡Gran Venus! ¡Venus divina!

Mientras Venus se desvela
con tales transformaciones,
el Dios Vulcano la cela,
y a un alumno de su escuela
llama, y dice estas razones.

«Ya que el ver te concedí
a Venus transfigurada,
corre luego al mundo, y di
que el modelo se halla aquí,
y las copias en Granada.

«Di también que en mil maneras
es grata la juventud:
mas sus gracias son quimeras,
sin llevar por compañeras
la modestia y la virtud.»

Poesías extemporáneas en ocasión de varios convites y ocurrencias

Soneto

Brindando a las damas

Venus divina, madre de placeres,
baja de tu mansión afortunada,
pues miras esta mesa coronada
de la brillante flor de las mujeres:

baja gozosa; y si dejar sintieres

el coro de quien eres festejada,
ninfa verás aquí más agraciada
que cuantas te acompañan en Citeres.

Y si de tu jardín entre las flores
al placer dejas y al amor dormidos,
no los despiertes, ni su ausencia llores.

Baja, que aquí hallarás nuevos Cupidos,
pues tienen estas damas mil amores
en sus hermosos ojos escondidos.

Anacreónica

Vengan bullendo copas,
vayan volando versos,
néctar vertiendo aquellas,
éstos hirviendo en estro:
nuestras radiantes frentes
háganse reverberos
del astro de las vides,
del sol de los sarmientos.

Pues se ocultó en los mares
sin que observase Febo
que iba en la zaga Baco
de su carro soberbio;
y que saltando a tierra,
cuando lo ve traspuesto,

«Voto a mis viñas, dijo,
que ha de ver ese necio
quién más alegra al mundo,
quién da mayor consuelo,
si sus flamantes rayos,
o mis sorbos añejos.»

Siguiéronle las Horas
curiosas del suceso,
y con ellas, en formas
de mil alados genios,
van los ratos alegres,
y preciosos momentos.

Él iba dando tumbos,
y ellas le alzan riendo,
llevándole en sus brazos
por todo el mundo en vuelo.

Unas lloviendo rosas
en femeniles senos:
otras dando a la espalda
nuestros cuidados tercios;
y él derramando brindis
por entre espalda y pecho.

¿No le escucháis zumbando,
no le sentís bullendo,
ya en vuestras venas dulce,
ya sonoro en mis versos?

Ea, a su ley cedamos,
pues mandan sus preceptos,
que en brindis de hermosuras
su licor apuremos.

La libación primera
sea al amable dueño
que en amistad nos junta
con amoroso imperio;
y a este festín preside
con ademán más bello
que la elegante Juno
al del Olimpo excelso.

Sigan luego las hijas,
de amor peligros nuevos,
Terpsícores del baile,
sirenas del acento.

Luego en las otras damas
brindad del bello sexo
las gracias y virtudes,
los chistes y talentos.

¿Y quién por la que adora
no brindará en secreto,
saboreando el vino
con tan dulce recuerdo?

Si no encontráis más bellas,
brindemos por los feos,
a quienes tizna Marte
con sangre y polvo negro;
por recobrar los lauros
que dio a nuestros abuelos;

los que en la austral comarca
llevan al yugo opresos
a invasores beodos
que, en baldón de Lileo,
vuelven su vino en llantos,
y no, como él, en juegos.

No deis paz a los vasos,
canto y trago por ellos
no reparéis si es Grave,
ni Jerez ni Burdeos,
porque yo en cualquier vino
me hallo gloria y proyecto;
si como sangre es tinto,
me contemplo guerrero;
si es como el oro rubio,
téngome por un Creso.

Y bien cual los peñascos
que con brazos de hierro
lanzaban los gigantes
hasta los altos cielos,
salgan de las botellas
con resonantes ecos
los escupidos corchos
a combatir los techos;
porque néctar manando,

y estro feliz vertiendo,
vengan acá esos vasos,
vayan allá esos versos.

Dando los días de San Antonio a una señorita hija de un diplomático

Derramar flores a cargas
hoy pide la ceremonia:
mas yo he de decirte, Antonia,
cuatro verdades amargas.

Oye, y el color no mudes
mientras de mi boca escuchas
ciertos delitos, que muchas
los tuvieran por virtudes.

Mientras las bélicas palmas
cubre tu padre de olivas,
tú adquieres armas nocivas
con que hacer guerra a las almas.

¿No son terribles audacias
que dejen siempre confusas
tu voz cantando a las Musas,
tu pie bailando a las Gracias?

Y que del merecimiento
robes a otras la esperanza,
siendo una triple alianza
de bondad, gracia y talento.

Así a quererte convidas;
y tu patrón, que en el cielo
agente es de nuestro anhelo
en buscar cosas perdidas.

«No tengo yo mala fiesta
(Dirá al ver tus perfecciones)
si he de hallar los corazones
que andan perdidos por ésta.»

Pero el modo de que crezca
su fama, y todos le aclamen,
será, si por mil que te amen
halla uno que te merezca.

Cenando en su casa con varios amigos y señoras

Aunque Apolo no lo ordene,
por dar gusto a ojos tan bellos
si el consonante no viene,
lo traeré por los cabellos.

Yo colmara de loores

algún rostro peregrino
pero en la mesa, señores,
la mejor moza es el vino.

Como soy de instrucción flaco,
su inventor no sé quién fue:
el gentil dice que Baco
el cristiano que Noé.

Pero esa es cuestión de nombre,
porque al cabo un dios sería
el que pudo hacer que el hombre
beba a copas la alegría.

A celeste origen debes,
vino, virtudes tan altas,
pues hasta el alma te embebes,
y la engrandeces y exaltas.

Tú haces al necio entendido
al torpe elocuencia das,
y hasta el sabio más sabido
con tu sabor sabe más.

Si te bebe el rencoroso,
contigo olvida el agravio
si el callado y misterioso,
le asoma el secreto al labio.

De Marte das las centellas
al ojo del bebedor;
y en los ojos de las bellas
eres rayo del Amor.

Vuélvese franco y leal
pecho que en ti se bañó,
y al hombre haces tan cabal
cual Diógenes no le halló.

Que otro gallo le cantara
si el socarrón del anciano
por linterna lo buscara
con una bota en la mano.

De tan suave licor llena
sube al cielo, copa mía,

y brindemos tú y mi vena
por tan grata compañía.

Por estas damas levanto
tu cristal a las estrellas,
aunque digas vale tanto
no apartar los ojos de ellas.

Y por mi Esposa te apura
mi labio, en fin, de una vez,
antes ¡ay! que mi ternura
vuelva en Lágrima el Jerez.

Brindando en un convite de bodas

XIII

Constante Celia, a quien la suerte en vano
contradijo un afecto generoso,
yo te aplaudo el placer de hacer dichoso
a quien se enlaza a tu preciosa mano.

Amor, que un tiempo te afligió tirano,
hoy te arrebató en carro victorioso,
y coronada de su mirlo hermoso
al tálamo nupcial te lleva ufano.

Al blando yugo allí rindes el cuello;
y, cediendo a la noche misteriosa,
te mira el sol en su último destello

Con el cariño que a una flor dichosa,
que hoy la deja botón cerrado y bello,
para verla mañana abierta rosa.

Implorando a favor de la Real Imprenta la protección de SS. MM.,
que fueron a visitarla en

Estancias

Feliz hora y bien lograda
la que trae vuestro esplendor,

rey benigno y reina amada,
de Minerva al obrador.

Bien es digna del fomento
y el favor de un sabio rey
la invención que al pensamiento
ha sabido dar su ley.

Él volara fugitivo,
siempre vago y siempre infiel,
si la Imprenta su cautivo
no le hiciera en el papel.

Deteniendo al tiempo el paso
por la Imprenta aun hoy oís
la lira de Garcilaso,
la elocuencia de Solís.

Y ya con tipos fecundos
las copias multiplicando,
haga a un tiempo que dos mundos
oigan la voz de Fernando;

Ya lleve vuestras bondades
impresas en sus renglones;
siempre os gana voluntades,
siempre os rinde corazones.

La imprenta, Señor, ampara,
que es digno de vuestra gloria,
mientras otra se os prepara
en el templo de Memoria:

Donde el Apolíneo coro
grabará con mano fiel

otro nuevo siglo de oro
por Fernando e Isabel.

La reina aplicando a la prensa su real mano sacó estampado el siguiente

Madrigal

Aunque de negra tinta concebidas,

y de la prensa en el afán nacidas,
las letras que aquí estamos
la suerte de las rosas no envidiamos.
Si a ellas el sol les da matices rojos,
mejor es nuestra estrella
en ver por primer luz la de los ojos
de la Augusta Isabel, bondosa y bella.

Con igual motivo

Soneto

Gime la prensa cuando al pliego ajusta
vuestro nombre, Isabel, y el de Fernando;
gime, y es de placer de estar gozando
de ambos monarcas la presencia augusta.

Materia hallar quisiera más robusta
en que imprimir, la gloria eternizando
de un rey al pueblo tan benigno y blando,
de una reina tan bella, amable y justa.

Mas no, Fernando; ni a la huella intensa
del buril, ni al pincel en sus matices
cede en su obsequio la afanosa prensa;

que es su blasón con tipos y matrices
llevar tu voz a una distancia inmensa,
y a doquier que la lleva hacer felices.

En igual ocasión a los serenísimos señores Infantes

No tanto de placer queda colmada
la ansiedad del cansado caminante,
cuando alzando los ojos ve delante
las torres de la villa deseada;

ni con júbilo igual ve recobrada
su libertad la tortolilla amante,
volando al dulce nido en el instante
que rota ve la pérfida lazada;

como al ver la bondad y gracia unida
de Carlos y Francisca, alegre aclama
la imprenta a su favor agradecida.

Las letras sirven bien a quien las ama:
tiempo vendrá en que paguen su venida
con la inmortalidad, y con la fama.

A Lidia, comiendo en el campo
(Imitación de Catulo)

Amémonos, Lidia mía,
en la edad de los amores,
sin curarnos de la envidia
de los viejos detractores.

Nacen y mueren los días
entre tinieblas y albores;
pero nuestra luz si espira,
no vuelve a sus esplendores.

La de tus ojos me abrasa:
¡Ay! si a templar mis ardores
tus deseos te convidan,
ellos queden vencedores.

Déjame beber mil dichas
en esa boca de flores:
tus labios serán la copa
de los más dulces licores.

A mil de los míos dales
mil tuyos por sucesores,
y luego con mil te pido
que los labios me devores.

Veremos en la porfía
de ardientes competidores
si tú me los das más dulces,
o yo te los doy mejores.

Así honraremos el día,
y estos sombríos verdores
que nuestra mesa engalanan;

y antes que mi ausencia llores

De tal suerte confundamos
mis goces y tus favores,
que no los cuente la envidia
de los viejos detractores.

A unos amigos que le reconvenían sobre su olvido de la poesía

XIV

Ceden del tiempo a la voraz corriente
recias pilastras y columnas duras,
las cúpulas rindiendo, que seguras
se sustentaban en su excelsa frente.

Caduco desde el Líbano eminente
baja el añoso cedro a las llanuras,
ayer frondoso adorno en las alturas,
hoy triste cebo en el lugar ardiente.

Contra la destrucción tampoco abrigos
halló mi musa: que si busca ansiosa
versos que ya la esquivan enemigos,

sólo a ofrecer se atreve afectuosa
verdad, y no ilusión a mis amigos,
caricias, no cantares a mi esposa.

A la noche

Al concluirse una larga cena, para ahuyentar el sueño que algunas de las damas decían tener

Oda

Retírate, noche umbría
huye al tenebroso Averno,
y no nos robes un día
tan digno de ser eterno.

¡Qué! ¿por llenar de placeres

el lecho de algún tirano
privar nuestra vista quieres
de objeto tan soberano?

Si vienes haciendo alarde
de tus divinas estrellas,
Noche, ya has llegado tarde
las vemos aquí más bellas.

Mas tú dirás ser el sueño
quien nuestro gusto destierra
pues con oculto beleño
los bellos párpados cierra.

Si es así, por compasión,
dile al pesado Morfeo
que no quiera ser ladrón
de tan amable recreo.

Pues con pestañas abiertas
le invoca la senectud,
que acuda, y deje despiertas
la hermosura y juventud.

Mas ¡ay! que sordo a mi canto
todo lo rinde a porfía
bajo su lóbrego manto.

Oye, pues, mi ruego tierno:
retirate, noche umbría,
huye al tenebroso Averno,
y no nos robes el día
más digno de ser eterno.

EMILIA

Poema descriptivo y moral

ADVERTENCIA

Se imaginaba este poema por el año de 1802, con el fin de estimular la afición a las bellas Artes, en una Señora de distinción que gustaba de emplear su caudal en objetos de magnificencia y gusto; proporcionando enseñanza a los niños huérfanos y pobres, de los que se proponía sacar artistas propios de la buena escuela de nuestros antiguos maestros

en Escultura, Pintura y Arquitectura. Su muerte hizo cesar el estímulo que tenía el Autor para proseguir el poema, que pertenece al género descriptivo, poco versado por nuestros antiguos poetas; y que consiste en una serie de pinturas o descripciones amenas, propias para divertir la imaginación de un solitario. Se ha procurado envolver con tanto artificio el expresado objeto moral con las imágenes y floridos adornos de la poesía que resulte insensiblemente la instrucción del mismo entretenimiento.

CANTO I

Las artes

Cuando pulsando cítaras sonoras,
en sitios al amor plácidos solo,
de un claro día en las postreras horas
vuestros versos cantáis, hijos de Apolo;
que a vuestros pies miráis reír las flores,
circundaros los cielos purpurinos,
y suspirar las aves sus amores,
uniendo a vuestra voz sus dulces trinos;
¡oh ¡cuán felices sois! ¡oh cuán ajenos
de rastrera ambición vivís serenos;
de aquella solitaria paz prendados!
Al trono de verdura, en que sentados
gozando estáis del natural dominio
que sobre el ancho mundo os dio Natura,
llegan confusamente quebrantados
los ecos de aflicción que en las ciudades
a la inocencia arrancan las maldades.
Si al alma os llega el lúgubre gemido,
no ineficaz por eso la ternura
se aduerme en vuestro pecho condolido:
antes cobrando ardor la llama pura
del Genio creador, benigna estrella
que os halagó al nacer, brilláis en ella,
cual cristalino prisma al sol radiante;
y con aquella fuerza y gracia misma
con que al rayo de luz divide el prisma,
la tétrica ilusión que os afligía
se esparce en vuestra amena fantasía,
en colores vivísimos variada:
el labio entonces vierte destilada,
y envuelta entre poéticas ficciones,
dulce moral en métricas canciones,
que aplauden las esferas celestiales,
que suspenden un punto nuestros males,

que abraza el corazón tierno y humano,
y que huye de escuchar vulgo profano.
Yo también, blandos cisnes del Parnaso,
errante por las márgenes amenas
de un río, a quien los sauces abren paso
yo también que sensible, cuando apenas
al cerco de mis años juveniles
se enlazaba el verdor de quince abriles,
debí el don de la vena numerosa,
más que a Natura, a una mujer hermosa;
yo por un mar bien célebre en naufragios,
del soplo de ambición al ronco estruendo,
las borrascas políticas huyendo,
vengo a abrigarme en vuestra ilustre tropa.
¡Ay! cuando en tanto incendio arde la Europa,
que en mil partes herida y desgarrada,
es tumba, aun no bien madre, de sus hijos;
cuando ve los sangrientos ojos fijos
sobre sí de la bárbara discordia,
cuya cabeza asoma agigantada
por entre el negro pabellón de nubes
que del Averno exhalan los vapores,
y que tenaz diluvia sus furores
sobre mi patria; en que con brazo fuerte
señala tantas presas a la muerte:
¿Qué otro consuelo ¡oh musas! qué otro abrigo,
que vuestro coro y vuestro canto amigo,
un corazón sensible encontraría,
en mal tamaño, en duelo tan profundo?
¡Oh tú, región clarísima del mundo,
pirámide de luz, Oh patria mía,
qué furor te alucina, o qué demencia!
¡Será Europa infeliz, que por tu seno
tantas antorchas difundió la ciencia,
pródiga en tu favor, para que un día
al fanatismo sirvan de fanales,
para abrasar los vínculos sociales,
y que más a placer su furia insana
acierte a exterminar la especie humana!
¡Ay desgraciada ilustre, y quién te diera
con tu pesado error tu paz primera!

Amante de la Paz en busca suya
yo Por los bosques solitarios vago;
ella en los bosques tímida se oculta,
que aun el fuego de Marte allí le insulta;

mas por allí los pasos peregrinos
revuelve: de Natura el blando halago
allí se para: enjuga los divinos
ojos; apoya la serena frente
sobre un tronco, y suspira dulcemente,
y en tanto que contempla los favores
que ella brinda, y desprecian los mortales,
la amistad, el sosiego, y los amores
gozados por los simples animales,
redobla en su presencia la armonía
la voz de amor de los campestres seres:
que, cual la primavera de las flores,
ella es madre de todos los placeres:
las tórtolas arrullan de contento,
no hay ruiseñor que a su llegar no aplauda;
sólo se oye un susurro, un blando aliento,
de la carrera de los vientos rauda;
libre murmura el agua, que sin dueño
siguiendo va su curso voluntario,
sin que la fuerza el hombre con empeño
de hacer morir sediento a su contrario;
libres las flores prestan inocentes
blando olor, no veneno a los vivientes;
libres las aves vuelan por los cielos
cantando amor sin suspirar de celos:
¡sonora unión! ¡armonioso coro!
Su consonancia sírvame de lira;
su voz unida a mi cadente pausa
pues es la paz el numen que la inspira y
cante deleites que la paz nos causa.

Venid a mí, benéficos vivientes,
respirareis de la opresión injusta
ante quien son dos crímenes iguales
amar el bien, y lamentar los males;
subid, subid conmigo a esta colina;
ved aquí un raudal de agua cristalina
que baja a refrescar la verde alfombra:
ved estos lauros que doblega el viento,
por cuya undulación y movimiento
la alegre luz alterna con la sombra;
aún no los arrancó para sus triunfos
la férrea mano de la gloria vana,
aún teñidos no están con sangre humana.
Ajenos de rencor venid, mortales,
dejando en las ciudades (si ahora gime,

en vuestro pecho el odio que os merece
la perfidia de amigos desleales,
la ambición turbulenta que os oprime,
y la aurívora sed que os empobrece:
en olvido poned, mientras yo cante,
tan justa indignación; pues no mi labio,
en ásperas verdades centelleante
por vengar de las leyes el agravio,
hará tronar la amable Poesía:
que ostentar la veraz Filosofía,
tan desnuda cual es, no está a su cargo,
sino sus puntas revestir de flores,
y con la miel disimular lo amargo.
Ni dando aliento audaz a la guerrera
trompa os haré volar por la carrera
de los Héroe, pintando a cada paso
reyes vencidos, Troyas humeantes y
turbios y ensangrentados Escamandros;
que aun del Indo el clamor suena en el día.
«Lejos de mí funestos Alejandros:
sombra del triunfo es fiel la tiranía,
y sin cadenas no hay conquistadores!»
Yo no os convido a recordar furores,
que por más que fanáticos crueles
cubran las mortandades con laureles,
y al homicidio den pomposos nombres,
gustos de furias son, mas no de hombres.

Mas si los dones apreciáis del Genio,
si os es grato seguir sus estandartes,
o debe algún tributo a vuestro ingenio
la imaginación, reina de las artes;
si con rubor de veros en los brazos
del perezoso espectro del fastidio,
sabéis romper tan vergonzosos lazos,
y osáis pensar; o bien, como yo lidio,
queréis también participar de aquella
lid de Natura en ostentarse varia,
y el genio humano en imitarla bella;
si a ver de esta gran lucha los portentos
se elevan vuestros nobles pensamientos,
y de las Artes el poder fecundo,
que adorna, ilustra y civiliza el mundo:
ésta es de Apolo la mansión secreta,
cuando se esquivo de su coro amigo;
quien fije el pie se inflamará Poeta:

oídme pues, o bien cantad conmigo,
y vuestros gustos hallaréis dispersos
por la corriente de mis dulces versos;
dulces en fin, si resonando en ellos
de Emilia el nombre, asegurar consigo,
del gusto suyo en los ejemplos bellos,
para las bellas artes un amigo.

La espléndida opulencia había prestado
al gusto delicado
de sus preciosos dones el tesoro,
y el buen-gusto con mano primorosa,
ornó la habitación de Emilia hermosa,
la elegancia enlazando al Real decoro.
Consolidaban mármoles lustrosos
del pórtico sonoro el pavimento,
del que empezaba en fácil incremento
a elevarse la bella gradería,
que de pintados jaspes matizada
por entre la luciente balaustrada
a la estancia de Emilia conducía.
Con sonido halagüeño
la bóveda en lo alto repetía
la voz del que venía
a demandar por el hermoso dueño;
de cuya ingratitud ¡cuántos suspiros
de enamorados pechos
andan vagando en tortuosos giros,
y revolando por los altos techos!
No a mí el Amor, que con cruel cadena
ya me ligó de otra deidad al ara,
me condujo de Emilia a los umbrales;
sino el deseo de temprar mi pena y
contemplando la estancia hermosa y rara,
y del dueño las prendas naturales:
los deseos sociales
con amistosas alas
de grada en grada fuéronme elevando,
y por los tersos jaspes resbalando
vine a espaciarme en las soberbias salas.
Con tacto fino en ornamento de ellas
rabia expendido en forma soberana
el noble gusto de las artes bellas
los ricos frutos de la industria humana;
en graciosos filetes extendido
el don luciente de la mina indiana

daba brillo y no peso a las labores
de frisos y cornisas,
que elaboró el cincel de los amores
jugando entre las gracias y las risas.
Y tu pincel también, rival dichosa
de la naturaleza en su hermosura,
tú que a los ojos hablas, ¡oh Pintura!
Con mágico pincel robaste al Mayo
los nativos colores
que ostentan al salir las frescas flores
del nocturno desmayo
con el calor del matutino rayo.
A cuya reunión armoniosa
la superficie muda y uniforme
de las murallas su nivel perdiendo,
campo dilatadísimo y enorme
despliegan a la vista, que reposa
ya en amena campiña, ya en horrendo
bosque sombrío, ya en humilde choza,
ya en apartada villa que se emboza
allá entre pardas nubes y entre engaños,
ya en bajo valle dulce a los rebaños,
ya en alto monte del Olimpo apoyo,
ya en quieto lago, ya en saltante arroyo.
Así el enlace de las varias tintas
escenas presta de ilusión distintas;
y del hombre la imagen las releva,
dando interés más noble a su hermosura.
Que si el pincel del mar la gran llanura
a confundir con la del cielo lleva,
nublando al fondo las salobres salas,
donde ostentan su imperio en crueldades
los aquilones que en sus raudas alas
suspenden las sonoras tempestades;
también grato el pincel luego declina
a bosquejar la plácida marina
do las olas serenas
parece que en las mórbidas arenas
se abandonan con dulce movimiento
a descansar del ímpetu del viento.
¡Con qué gratos colores,
con qué apacibles rasgos representa
la pobre gente que la mar sustenta!
Y en los necesitados pescadores
esperanzas sencillas,
en pechos sin dobleces,

llena de gozo el alma, y las barquillas
de los brillantes y escamosos peces;
y allí el sensible espectador advierte
la bien lograda y bien distinta suerte
de aquel que por vivir sólo abandona
a la mar una red o un triste cebo,
y el que en medio del piélago ambiciona
a costa de su vida un mundo nuevo.

Ufano el arte, y con desdén del suelo,
allí alza un monte, y por su verde espalda
cuantas floridas galas de la falda
de Flora se desprenden, al anhelo
de la naciente y libre primavera,
tantas ostenta ufano en su ladera,
tantas levanta con su cumbre al cielo.
Creyeris ver trepando los arbustos
por la pendiente cima: en una parte
desde un bosque de mirtos y laureles
parece que el Amor brinda sus gustos,
a los hijos de Marte,
y a la sombra de rústicos doseles
a abandonar humano les convida
su horrenda suerte, por tan dulce vida:
mas allá se amontonan más robustos,
en selva umbría, el álamo frondoso,
el pino erguido, el olmo desdeñoso
con frente ufana huyendo de los lazos
de la yedra infeliz siempre lasciva;
todos uniendo sus flexibles brazos
forman la verde bóveda, sonora
al impulso del aura fugitiva;
y eternamente entre sus senos mora
sombra, silencio, amores y frescura.
Y tú también, genial melancolía,
sentimental placer de una alma pura,
madre del Genio, y más hermosa al sabio,
que de los cortesanos la alegría
seca en el corazón y falsa en el labio.
Tal se ostenta al ocaso esta montaña:
mas por aquella faz que dora y baña
aun con tímida luz el sol naciente,
espectáculo hermoso y diferente
los ojos pasma, y suntuoso exalta
la admiración; creyeris que de la alta
cima, que en punta se avecina al cielo,

y que detiene al águila en su vuelo,
un raudal, un torrente, un mar de espuma
se arroja, y vastamente se derrama
por la fragosa sierra, a quien abrumba
y que al azote de las aguas brama;
la rauda inundación al monte envuelve
al paso que se ensancha hacia la tierra;
ya en brillante cascada se revuelve
por un lecho de rocas; si le cierra
el paso áspero risco que descuella
allí se remolina, allí se estrella,
y espumeando y borbollando salta,
y en diamantes sin fin el aire esmalta,
y vencedora al valle se derrumba,
y al fondo el monte herido al son retumba.
Mas apenas venció la hinchada espalda
del orgulloso Atlante, y a su falda
le recibe la humilde y mansa vega,
ved cómo el agua brava se sosiega,
y en plateados ríos dividida
con resbalosa huida
por los floridos céspedes circula:
y con tan insensible movimiento
y tal silencio undula,
que parece que duerme, o va con tiento
al repartir graciosa sus favores
de no doblar los tallos de las flores;
y haciendo el bien sin fausto y sin orgullo,
que ni al favorecido el don humilla,
ni publica el favor con el murmullo,
en sus cristales retratado brilla
de la beneficencia el dulce encanto,
que tú conoces, tierna Emilia, tanto.
Mas por aquella playa ¡qué atractivo

roba los ojos! mil graciosas ninfas
veo que huyendo del calor estivo
brindan sus cuerpos a las claras linfas:
las linfas vienen a besar sus huellas,
las ninfas huyen resbalando en ellas;
las linfas vencen, ninfas fugitivas,
y el triunfo empieza por las más esquivas,
que mujer siempre, en amoroso juego,
huye el halago a que se rinde luego.
¡Qué de elegancia en las gentiles formas,
qué de dulzura en los contornos bellos,

embelesa la vista! ¿a dó las normas
halló el pincel para tan lindos cuellos,
blancas espaldas, torneados brazos,
flexibles talles, mórbidos regazos?
¡Y vosotras también, fuentes opimas
del néctar de la vida, amable adorno,
vos, que de nieve os guarnecéis en torno,
mientras el fuego apunta en vuestras cimas,
volcanes del amor, nevadas pomas!
¡Ay cómo al halagüeño
voluptuoso rasgo que os dio vida
ardió el pincel amante, y las palomas
de Venus se agruparon al diseño,
creyendo hallar su Ciprida querida
en cada ninfa hermosa repetida!
Como el sol de quien huyen son de bellas;
pero a pesar de serlo tanto, en ellas,
divina Emilia, tú que al orbe encantas,
tu vista, acaso, ninfa reconoce
que alguna sola de tus gracias goce,
pero ninguna en que se junten tantas.
Tú, pensamiento mío, enamorado
de la pintura y absorto en sus prestigios,
de perspectiva en perspectiva vuela;
pero las voces faltan, los prodigios
crecen, y circundado
del numen de Jordán, en vano anhelas
cautivar en tus versos sus colores:
tú bien dirás que no creó las flores
más bellas que el pincel naturaleza,
cantarás la verdad y la viveza
que expresa el gesto, y hasta el genio humano:
pero si audaz el portentoso arcano
pretendes penetrar del claro obscuro,
mira: ese luminar claro y fecundo,
que en medio de los cielos se gloria,
árbitro de la luz, de dar el día
de polo a polo al ámbito del mundo,
si de su luz el más brillante rayo
fulmina hacia ese muro
(que en luto melancólico y umbrío,
entre cipreses el sepulcro frío
pinta, donde los manes yacen juntos
de dos amantes por amor difuntos
le ve desfallecer en el desmayo
que el arte obró, y el mismo sol se asombra

de no poder dar luz al rasgo obscuro
que condenó el pincel a eterna sombra.
Mientras que la Pintura a mi memoria
por muros y artesones repetía
o los amenos campos que amé un día,
o los antiguos fastos de la historia,
la Arquitectura, audaz trastornadora
de la faz de la tierra, y del humano
poder grandioso esfuerzo, me arrebató
al par de la pintura encantadora.
¿Y quién, sin ella, distinguir pudiera
de la caverna del león rugiente,
de la morada del castor mañoso
la habitación del ser inteligente?
¿Quién los mares pobló, quién sino es ella
el intratable piélago domella,
y a pesar de sus iras procelosas
hace que vuelen raudos por su espalda
bélicos muros? ¿Quién labró espaciosa
las cunas del diamante y la esmeralda,
y la honda vena en que el metal se forma
en atrevidas bóvedas transforma?
Y dejando su imperio subterráneo,
vedla por esos vastos horizontes
cual, por hacerlos gratos y sombríos,
rompe su enlace a los marmóreos montes,
tuerce su curso a los viciosos ríos.
Ved esos dos altísimos collados,
que, avaros guardas de diversos prados,
se amenazan los dos con frente torva,
soberbios con sus mutuos atributos,
mientras su corpulencia el paso estorba
de amigas aguas a anhelantes frutos:
perpetua desunión y eterna guerra
se juran, cuando el hombre en su codicia
los frutos ve morir que el uno encierra,
y las aguas que el otro desperdicia;
nuevo raudal presume de opulencia,
y avaro, y prepotente con la ciencia,
¿Qué habrá que no presuma?
Pensativo a la falda se aproxima,
de donde apenas, la nublosa cima
descubrir puede; mas su industria suma
los escala, los mide, los abrumba
con simétricas rocas; las alzadas
frentes, de sólo el rayo antes tratadas,

de un acueducto al fin sufren el yugo;
pasa sonando el cristalino jugo,
y las opuestas flores le saludan,
y los sedientos campos le acarician.
Ved cual las leyes del artista mudan
las de Natura, y su poder desquician;
y cual, sobre una y otra altiva loma,
y sobre el arco hermoso que las doma,
sobre el agua, que alegre peregrina
por la región del céfiro camina,
sobre tal mole en fin, el caminante
ve la imagen del Genio descollante,
la imagen de su especie destinada
del bajo suelo a no apartar las huellas,
rayando con la frente en las estrellas.
Magia tan alta Arquitectura encierra.
Mas no entonces me aterra
con la potente mano
que alzó la alta columna de Trajano,
que enormes masas encumbró en los vientos,
y fatigó la edad con monumentos
de la alta gloria y del valor romano;
sino fácil, sencilla y caprichosa,
bien como el Dios, que de alumbrar los cielos,
bajó a la tierra a cultivar la rosa;
tal mansión, no la fuerza, mas la lira
de Apolo edificó, tanto respira
todo alegría y celestial frescura;
no las tersas columnas desfigura
labor prolija o sobrepuesto adorno;
cuando la vista embelesada en torno
por alabastro y pórvido se espacia,
los ve luciendo en orden tan sencillo,
que la magnificencia allí su brillo
suaviza en la sonrisa de la gracia.

Movamos pues la planta, libertemos
los ojos, si es posible, del hechizo
en que las bellas Artes los cautivan;
de Emilia al gabinete penetremos.
Aquel es el umbral. Pero ¿qué pasmo
me encadena de nuevo! ¡Mi entusiasmo
dónde hallará palabras! Dos objetos
de ilusión, sí, que de materia... el hombre,
si nunca en vida conocerlos cupo,
¿De cuál modelo ¡oh Dios! sacarlos supo!

Dos seres del Olimpo que, naciendo
divinos de la griega fantasía,
su presencia inspiró la idolatría;
¿Y cómo ha de negársela el que mira
de un lado, una apariencia más hermosa
que el sexo seductor por quien suspira
y la imagen del hombre victoriosa
de los humanos males,
del otro lado, en perfección iguales!
Desnuda ofrece aquella la belleza
de cuanto en femenil forma adoramos:
esté aquella grandiosa gentileza
que solo a los sublimes héroes damos:
ella, como conoce que los ojos
del universo entero la devoran,
y unos la envidian y otros la enamoran,
muestra como que tímida procura
cubrir su desnudez con su hermosura.
Bien la actitud lo indica
de sus dos manos bellas,
pues mientras una de ellas
afectuosa al blanco seno aplica
que algún suspiro de deleite abulta,
abandonando el brazo
con la otra el dulcísimo regazo
modestamente en apariencia oculta,
prestando así, con tímido recreo,
un asilo al pudor y otro al deseo.
El ente varonil la faz sublime
imperturbable, impávida, levanta;
el cerco de fortuna opreso gime
bajo su altiva planta;
revuélvense a sus pies bienes y males
sin que se imprima en su sereno gesto
flaca tristeza o alegría insana;
complacido en vestir formas mortales
para divinizar la especie humana;
y el choque de los hados turbulentos,
contemplando con ojos de victoria,
mira en el sol el carro de su triunfo,
mira en el cielo el campo de su gloria.
Bellos seres, ¿quién sois? ¿acaso el fuego
de mi entusiasmo imágenes aborta,
o algún florido sueño me trasporta
la brillante edad del culto griego?
Y tú, portento amable de belleza,

¿es sólo tu existencia en mi deseo?
O si a mis ojos creo
que están viendo latir tu pecho blando,
déjame ver de qué naturaleza
es esa encarnación mórbida y vaga,
que me parece estarse recreando
en la impresión del aire que le halaga;
¡Ay! Presta que el sentido satisfaga
tanta curiosidad; ni te sonroses,
esquiva de mi incienso a las primicias,
por complacerte sólo en las caricias
y en las delicias de los altos dioses.
Trémula llega al blanco pie mi mano,
trémula toca ¡oh Dios! y es mármol frío,
Y estatuas y obras son del genio humano
las que animadas vio mi desvarío.
Mármoles que adoré, siempre los hombres
divinos os verán en los cinceles
que os dieron vida: gloria a vuestros nombres
¡Apolo Fidias! ¡Venus Praxíteles!
Entre portentos tales de escultura
se abrió a mis pasos la risueña puerta
del asilo feliz do está encubierta
de la esfera de amor la luz más pura.
Yo ansioso vuelo a descubrir tal astro:
álzanse en pedestales de alabastro
dos columnas de pérfido luciente;
bellas cual nunca espléndida Semiris
las vio brillando en fábricas de Oriente;
de ambas se apoya en la dorada frente
no sé si el arco iris
o de Amor la ballesta;
sé que el que ufano a trasponer se apresta
el encantado umbral, siente en el alma
a un tiempo una sorpresa y dulce calma,
un embeleso, un halagüeño susto,
como si el arco del Amor le hiriera
cuando el del Iris en los cielos viera.
Así hospedaba a la hermosura el Gusto.

CANTO II

Gusto y beneficencia

Aquel que ve la luz en tan propicia
hora, que en los arrullos de la cuna
natura con sus gracias le acaricia,
y con pródiga mano la fortuna;
que tierna planta erguirse, asegurada
de abrojos, debe al paternal desvelo
en tanto que ella crece abandonada
a la influencia natural del cielo;
si sus inclinaciones con sosiego
a los objetos van que las despiertan,
sin chocar en obstáculos que luego
en furiosas pasiones las conviertan,
su corazón formado en el cariño
de los que le cercaban cuando niño,
no temerá que su placer le roben,
y amará a sus iguales cuando joven.
Entonces ¡cuán serena entre destellos
de amor, de paz, de gozo y de abundancia,
que el crepúsculo ornaron de su infancia,
saldrá la aurora de sus días bellos!
Lucirá apenas la primer centella
de su naciente ingenio, cuando amigas
vendrán las Musas derramando en ella
aromas, que alcanzaron las fatigas
de Miguel Ángel, Milton a Descartes,
ya en los sublimes ramos de las ciencias
ya en los floridos campos de las artes.
¡Oh bien feliz, pues sólo las esencias
su razón gustará de las divinas
rosas, que entre malezas y entre espinas
lograron sus gloriosos inventores!
Tendrá principio en medio de estas flores
aquel secreto instinto, aquel interno
órgano de razón, germen eterno
de toda rectitud, por quien el hombre
desengañado la primer guirnalda
de la simple verdad ciñó en la frente;
y al estampar con labio reverente
en la celestial orla de su falda
de tan sublime adoración el sello,
exclamó: ¡La verdad sola es lo bello!
Voz del Buen Gusto fue; voz que en el alma
del venturoso joven que describo
proclamará virtud, siendo en la calma
de su inocente vida al aflictivo
cuadro de las miserias de los hombres

bienhechor tan sensible, como esquivo
despreciador de los soberbios nombres
y falsos atavíos
con que del Genio en la veloz carrera
el mal gusto, entre locos descarríos
disfrazaba la hermosura verdadera.
Idólatra del orden, su desvelo
por restaurar del mundo la armonía
despertará la industria hasta en el hielo
de la mendicidad; y aquellas yertas
manos en vil pereza abandonadas,
sólo en demanda del sustento alzadas,
dóciles a su voz, de hoy más, expertas
haranse dueños del pincel que anima,
del buril que conserva, oh atrevido
cincel que al cielo el gran padrón sublima
do se estrellan las olas del olvido;
y su opulencia, al fin, como el granero
en donde cada laboriosa hormiga
el fruto viene a hallar de su fatiga,
todo lo inundará, raudal fecundo
de alivio al pobre y de ornamento al mundo.
Tanto el Buen Gusto, entre el placer nacido
de la delicadeza hijo querido,
imperceptible a la virtud se enlaza;
¡Y oh virtud, si es tu basa la Justicia,
y de esta el orden solo es la delicia,
¿Qué razón, qué alma bella en el Buen Gusto
no adora el simulacro de lo justo!
Pero mi canto suena, y tu sonrisa,
lector austero, irónica me avisa
que ves solo en mis rimas lisonjeras
un ser de la región de las quimeras:
que ni los favoritos de fortuna
son de indigencia o de infortunio amparo,
ni el fausto regio, al infeliz tan caro,
ves que el Buen Gusto al esplendor reúne:
mil alcázares son masa importuna
que ajenos brillos, no virtudes doran
y en torno de ellos ves pobres que lloran
ansiando al pie de los radiantes muros,
y dentro de ellos ves pechos más duros
que los metales ricos que atesoran.
Véolo yo también, y en mi silencio
la verdad de tus labios reverencio;
mas preste educación su sabia mano

verás unirse la opulencia al gusto,
y la grandeza al sentimiento humano.
Y en tanto a serenar el ceño adusto
y en gozo ven a embalsamar tu pecho:
sígueme a mí bajo el amable techo
donde resuena el cántico sonoro
de alegres musas, y en jovial familia
virtudes y artes, celebrando a Emilia,
que las concilia en resonante coro.

Ríen estas columnas, y nos brindan
a traspasar el arco que en sus sienas
fácil se apoya. Arco triunfal, no tienes
la altiva gloria tú de que se rindan
a tu pie las cervices
de Reyes infelices,
cual los que alzaba Roma a la victoria:
mas ¡ay! que tienes tú la dulce gloria
de ser trofeo alzado a la hermosura,
la gracia y la ternura
de Emilia; a ti fue dado el que decores
sus pasos bienhechores;
feliz cuando tu alegre pompa adorna
aurora de esperanzas su salida,
y más feliz cuando a tu albergue torna
de amistad, gratitud y amor seguida.
Ocho esplendentes muros de alabastro
en blancura, extensión y altura iguales,
en prisma alegre la mansión terminan;
su cúpula es corona de cristales,
que abre paso a la luz del primer astro,
cuyos suaves rayos le iluminan.
Allí es donde los ojos no examinan
lo precioso, extasiándose en lo bello,
aun cuando vea en ello
cuanto sabia escondió naturaleza,
la ambición presagiando en la riqueza;
y allí es, por fin, en donde
todos los gustos vienen reunidos
a cautivar a todos los sentidos.
¡Cuál magia a tal conjunto bastaría!

En los Ausonios campos, algún día
al Genio tan felices, el Buen Gusto
la deidad de mis versos vio, y pasmose:
fue de su esencia amarla; y encendido

su rostro en sangre al ver que el mundo injusto
al vicio neciamente engrandecido
sólo elevar altos palacios ose,
el cetro de oro alzó, y en tornos viose
cercado al punto de infinitos genios,
aéreos Silfos revolantes seres,
que entre liceos y útiles talleres
dictan la ley del gusto a los ingenios,
dando invisibles la postrera mano
en cuanto crea hermoso el genio humano.
«¿Dónde ociosos vagáis, Milicia mía?
(El claro numen prorrumpió fue sólo
cubrir la antigua Grecia de prodigios
el destino que os dio propicio Apolo?
¿Lloráis del Lacio acaso en los vestigios
de mis artes la tumba en este día?
¿O mi imperio cayó con las deidades,
que en remotas edades
el gran genio de Homero hizo divinas?
Si aún es digna de culto la hermosura,
aún veo yo deidades peregrinas,
que no conoce el mundo a quien adornan;
aún veo en una sola criatura
juntas las gracias todas, que en mentidas
diosas la Grecia idolatró esparcidas.
¡Y tú la tierra indecorada oprimes!
Digna mansión le dad, genios sublimes:
tal monumento elévese a su gloria,
que postergue de aquellos la memoria,
que bañaron los mares de Sicilia:
mi poder todo vuestra empresa auxilia.
«Cread, embelleced», gritó el Dios sabio;
y al proclamar nueva deidad su labio,
su cetro de oro señalaba a Emilia.
Momentáneos los Silfos se esparcieron,
y de sus alas al batir volando
tal murmureo sonaba por los cielos,
como el de los cautivos arroyuelos
cuando al rayar de Abril céfiro blando
propicio empieza a liquidar los hielos.
Sin duda entonces fue cuando oficiosos
por contrapuestos climas se extendieron,
y en busca de ornamentos primorosos
los emporios del lujo recorrieron.
La Asia voluptüosa a los afanes
de un Silfo tributó ricas alfombras:

la Asia, en que apenas las nocturnas sombras
disipa el sol, cuando a su luz divina
devotamente atentos ve los rostros
de los supersticiosos Musulmanes,
elevándole votos que en Medina
lance en la tumba de los falsos manes.
Esa mórbida almohada, del risueño
color del cielo al despuntar del día,
robo de un Silfo en Estambul sería:
que si entre muros, por tirano dueño
a la hermosura esclava consagrada,
aún de los gustos al amor ahuyenta;
ya en ella, a mejor dueño dedicada,
sin suspirar de amor nadie se sienta.
Ese veraz regulador del día,
cuya secreta máquina remeda
de las celestes ruedas la armonía
cuyo volante al sol los pasos cuenta
y cuya mano fiel girando lenta
nos avisa las horas que escondida
roba el ala del tiempo a nuestra vida;
aquí lo transportó, desde hábil mano
de laborioso artífice Britano,
el enjambre fugaz de Silfos leves:
él, relumbrando en ópalo y topacio,
reproduce con músicos sonidos
de su cuadrante los periodos breves
de la sensible Emilia en los oídos;
y ella en lo oculto de su pecho llora
si no hizo un bien, perdida aquella hora.
Tanto brillante vaso en que se atreve
la porcelana a obscurecer la nieve,
de entre la misteriosa industria China
de algún amable Silfo fue preseña;
él los cargó de flores, y en contorno
de esta mansión los puso como adorno
del fresco gabinete de Amaltea:
y vense allí domésticas las rosas,
y no como en los campos desdeñosas,
preciarse alegres del dorado vaso
que del vergel al trono abriolas paso;
y enrojecer de orgullo; y si temprana
una al ponerse el sol se descolora,
su puesto anhelan mil por la mañana,
que abren el seno al llanto de la Aurora;
son del sentido cortesanas bellas;

y de mano de Emilia encuentra en ellas
la amistad dones, y el amor favores:
¿Y quién que ama al amor no ama las flores?
Las cristalinas láminas, que en puros
clarísimos espejos
ensanchan el recinto de estos muros,
o que en vivos reflejos
reduplican las formas elegantes
de etruscos vasos, grupos figurando
firmes lazos de atletas o de amantes,
fulgentes candelabros de alabastro,
o de cristal diademas sustentando
luz que del día hace olvidar el astro;
de un Genio... Mas mi mente acalorada,
ilusamente vaga por risueña
quimérica región, cuando desdeña
reconocer en tanta
de arte, industria y primor obra maestra,
la mano compasiva y generosa
de una mujer, en atributos diosa,
mortal ¡ay Dios! para desgracia nuestra.
Solas sus prendas fueron los prestigios
que a esta mansión poblaron de prodigios;
del invisible don que la embellece,
en que el poder humano desfallece,
y de otra Armida el cetro nos presagia,
su sensibilidad sola es la magia.

Era Emilia feliz, mas condolida
de otros mil infelices vio la suerte
que desde los umbrales de la vida
por sendas de aflicción van a la muerte:
entre ellos cautivando sus cuidados
los que por ley severa e importuna
son del materno seno arrebatados
a lamentarse en extranjera cuna;
que, naciendo entre el susto y la congoja,
sólo un furtivo beso de su madre
los inocentes labios recibieron,
que desde entonces ya jamás se abrieron
el dulce nombre a proferir de padre:
frutos tal vez de la pasión más tierna
que honor sepulta en orfandad eterna.
Sensible Emilia, y de piedad colmada,
sus pasos guía al ominoso techo
bajo el cual tanta mísera inocencia,

en groseros cendales abrigada,
con el licor de mercenario pecho
entretiene la débil existencia.
Llega, y su corazón y sus oídos
lastiman los gemidos
de la mal socorrida
necesidad primera de la vida;
que si entonces se explica querellosa,
en la edad varonil más imperiosa,
al pecho que atormenta en altos gritos
ordena la inclemencia y los delitos.
Próvida entonces rescatar procura
del mal presente y la maldad futura
parte de aquellos seres desgraciados
y en lágrimas sus ojos arrasados,
al mundo, que en su acción resplandecía
y al cielo, que admirado la veía,
de una mirada hicieron manifiesto
su afán por no poder salvar el resto.
Y como si en jardín de avaro dueño,
que entre sus flores vive aprisionado,
dama gentil se asoma, de halagüeño
mirar, que con su ruego y con su agrado
del severo guardián desarma el ceño;
que entra alegre y se arroja, y el nevado
pecho reclina al suelo, y las hermosas
manos perdidas vagan por las rosas;
y escogiendo fragancia y colorido
en tantas flores, párase indecisa;
mas codiciosa del botín florido;
son su despojo al fin cuantas divisa:
hasta que espira el plazo concedido,
que involuntario el pie mueve remisa,
pareciéndole al paso que se aleja
flores más lindas las que atrás se deja:
así vacila Emilia, así recorre
con tierno afán el cándido tesoro,
y a una inocente risa allí socorre,
y allí se acerca a un infantino lloro;
mas la hermosura ejerce sus derechos,
y entre huérfanos mil sus ojos fijos
en los más bellos encontró sus hijos.
Álzalos ella de la humilde cuna
a sus maternos brazos: los fomenta
con cariñosos besos; una a una
repasando sus gracias apacienta

los compasivos ojos; anhelante
quiere partir con la inocente carga,
mas la detiene la querella amarga
de los que deja en triste desamparo
pobres y exentos de esperanza alguna.
¡Emilia! ¡oh de piedad ejemplo raro!
Tú en aquel duro instante
los límites mediste a tu fortuna,
y viendo no bastaba a tanto amparo,
de la riqueza la ambición dorada
clavó en tu pecho la primer punzada.

Parte, en fin, la sensible bienhechora
del triste umbral que a su partida gime,
y de aquella orfandad menesterosa
el enjambre de hijuelos que redime
la sigue vacilante; así a la hermosa
Venus naciente de la azul campaña
el séquito de amores acompaña.
Materno amor, paterno hogar, familia,
instructivas lecciones y cuidados,
de cuanto fueron al nacer privados
lo encuentran todo en la mansión de Emilia.
Ella les comunica su talento,
o más bien de sus prendas el ornato,
y les infunde el don del sentimiento,
¡Harto funesto en mundo tan ingrato!

Sus genios guía y su ambición nativa
por la gloriosa senda de las artes,
cuyo esplendor los cerca en todas partes
y sus miradas mágico cautiva;
sin ver el dueño en las estancias bellas
sino las nobles huellas,
¡Oh Bonarota! ¡oh memorable Urbino!
Del pincel tuyo, y su cincel divino,
cetros de la ilusión, que al tiempo avaro
en cada rasgo una victoria quitan,
y la gloria de un héroe resucitan.
La patria, en fin, artistas laboriosos
recobra en los espurios de su seno;
y estos del gusto juegos primorosos
de que aqueste recinto admiro lleno,
brillantes artefactos que parecen
por elegancia y gusto tan diverso
contribución de todo el universo,

frutos de ingenio son que a Emilia ofrecen
por sus cuidados tiernos y prolijos
con dulce afán de su adopción los hijos,
y ofrendas son que gratitud dichosa
libre tributa al templo de su diosa.

Así, pues, la verdad interesante
a la ilusión risueña sucedía,
participando el éxtasis brillante
de mi imaginación la razón mía,
cuando un celeste pabellón flotante,
que en dobles ondas fácil se partía,
dejó patente a mi atención curiosa
la imprevista belleza
del noble dueño, ninfa en gentileza,
como en virtud y gracias semidiosa.
No las profanará la Musa mía
por perpetuarlas en eterno día,
que a los elogios su beldad se esquivo
como al tacto modesta sensitiva,
huye el pincel que cautivarla emprende,
y del pintor al corazón se prende.
Desde el claro zenit de su carrera
daba la luz de Emilia el primer paso
hacia el preciso universal ocaso;
edad feliz, en que su ardor modera
el fuego juvenil el sentimiento
es profundo y veraz, y en el semblante
dulce expresión trasluce semejante
al débil rayo que la luna envía,
astro de amor y de melancolía.
Tal a mis ojos su semblante hermoso
que a contemplarle con dulzura empeña
hacia mí el paso lánguido y airoso
encamina, brindándome halagüeña
el reposo a gustar al lado suyo
en sofá tan mullido y delicioso,
como si en tal momento hubiera sido
a la amistad por el amor cedido.
Luego comienza de su boca hermosa
a destilar la plática sabrosa
de amable encanto y sentimiento llena:
de sus ojos la acción tierna y serena
siguiendo la armonía
de tan suave acento
era con su expresión dulce cadena

de la imaginación y el sentimiento:
porque tan pronto en ellos relucía
la luz de la verdad sencilla y pura
que la razón desde su asiento envía,
como el húmido rayo de ternura
que de su tierno corazón partía.
¡Ni el aliento se atreve
al oído a robar un solo punto
de atención al armónico conjunto;
viendo que cada voz que salir debe
entre el color y aroma de la rosa
de aquella boca hermosa,
la sensibilidad es quien la anuncia,
y la delicadeza la pronuncia.
¿De órgano tan feliz cual fue el asunto?

¡Oh no consientas tú, divina Clío,
que desdorado pase al labio mío
lo que tú sola cantas dignamente
Con lira de marfil y cuerdas de oro
de eternos seres al celeste coro
en medio del Olimpo omnipotente!
Tú les presentas, oh hija de memoria,
en relucientes páginas la historia
de amables dones, frutos de su mano,
que endulzan el favor de la existencia
que al cielo elevan el talento humano.
Cantas la paternal beneficencia,
que al pobre sabe dar en el talento
lo que ciega fortuna al opulento;
y al tierno corazón abre camino
para enmendar agravios del destino.
Óyelo de tu voz: mas si algún día
tu inmortal genio mi ardimiento auxilia,
siendo causa y modelo a un tiempo Emilia,
lo oirá el mundo entero de la mía.
Baste a su dulce voz, cual la de Orfeo,
maravillando el margen del Leteo,
ahuyentar de mi pecho los cuidados
roedores, y pálida tristeza
que aún cercaban su víctima obstinados
rebeldes a la luz de la belleza.
Tal suele a tiempos la tiniebla fría,
usurpando los límites del día,
suspenderse en los cielos perezosa:
la Aurora viendo su brial de rosa

ennegrecido, y su brillar sin fruto,
lágrimas vierte sobre el mando en luto;
hasta que el sol con su cuadriga ardiente
salta la valla del turbado oriente,
y uniendo al fuego de su faz brillante
el dardo de la diestra fulminante
rompe las sombras; el umbroso manto
rasgado baja a la mansión del llanto.
Libre la Aurora de tan torpes lazos
de su libertador se arroja en brazos
y confundiendo de su rostro hermoso
el débil rayo al rayo victorioso,
del largo luto ríen consolados
los vastos mares y los verdes prados.

Estos estaba yo feliz cantando
versos de gratitud enternecida,
aún débil, mal seguro, y respirando
pálido el labio el aura de la vida;
en flores de Elicona así adornando
la imagen tan hermosa y tan querida
de la que en mis dolencias protectora
me dio este aliento que respiro ahora.
¡Ay triste! y no miraba en mi embeleso
que desde un cielo oscuro y nebuloso
se iba desenrollando un velo espeso
tejido de las Parcas horroroso;
donde en rojos caracteres impreso
este decreto se leyó espantoso:
No esperes de ella más, que ya no existe:
piérdate el mundo, y mueve Emilia triste.
Tiendo las yertas manos amarillas,
y el velo de tinieblas las embota:
el llanto que esperaban mis mejillas
cayó en mi corazón gota por gota.
Silencio ya y dolor, Musas sencillas,
mi lira yazga en su sepulcro rota;
que a quien me dio la vida, es triste suerte
sólo poderla dar llanto en su muere.

Ofreciendo a una belleza una guirnalda hecha toda de mariscos

Soneto

Cuando del mar las ondas cristalinas

vieron nacer de Venus la hermosura
no adornaban su frente o su cintura
mirtos de amor ni rosas purpurinas;

pero el agua le dio galas marinas,
perlas de su garganta a la blancura,
y por guirnaldas a su frente pura
caracoles y conchas peregrinas:

esa gracia y beldad que en ti descuella
junto a la mar nació: pues no repares
en dar marino adorno a tu sien bella:

para que en todo a Venus te compares,
y todos digan al mirarle: «Es ella,
en el momento en que nació en los mares.»

A una dama que acompañaba a su marido en campaña

Soneto

Marfisa duerme, y puestos a su lado
Amor y Marte, cada cual blasona
dar a sus bellas sienes por corona
este su lauro, y aquel su mirto amado.

Mía es la acción, protesta el Dios airado,
que ante mi hueste fue bella Amazona:
sí, pero al verla en ella (Amor razona)
sin suspirar de amor no hubo soldado.

Ella es Palas que vuelve en sangre rojos
los campos que admiraron su belleza.-
ella es Venus.-Marfisa abre los ojos;

Y ¡ay! que Marte, depuesta la braveza,
pone a sus pies el lauro por despojos,
y al punto Amor el mirto en su cabeza.

A la misma enferma después de la campaña

Madrigal

Pues diste, bella enemiga,
tu tierno pecho a las balas,
si marchitó la fatiga
de tu hermosura las galas,
es que Venus te castiga
de haber imitado a Palas.

Pero al cabo la alegría
volverá a tu hermoso cielo;
pues por su interés un día
dirá Venus: «en el suelo
¡cómo habrá una efigie mía
si yo rompo este modelo!»

A la bella madre de un hermoso niño

Sáfica

¿Qué niño es ese que en su faz de rosa
los rasgos guarda de la tuya impresos;
que en ese seno agitador reposa,
y el néctar bebe de tus dulces besos!

Hay quien le observa una virtud tirana
que esclavitud hacia su madre incita;
y «ese no es, dicen, criatura humana,
sino el Amor, que con su madre habita.»

Que está sin venda, porque la ha arrojado
de tus encantos para ser testigo;
sin flechas ni alas, por haber jurado
no más vagar, sino vivir contigo.

Otros al verle tan amable, al paso
que no lo cubren más gentil los cielos,
la gloria niegan al feliz acaso
de obra que tanto te debió en desvelos.

Tú embebecida lo oyes, y te places
de ver cual vaga el pensamiento ansioso
de los desvelos con que amable le haces,
hasta el desvelo en que le hiciste hermoso.

Tu sexo un día se verá prendado
de tantas gracias que tu afán le presta,
y nuestro sexo quedará vengado
de los suspiros que su madre cuesta.

La Zelmira

Canción

Hoy por la vez primera
Verdad sencilla y pura,
elearás el mérito en tus manos:
su forma verdadera,
libre de la impostura,
hoy será manifiesta a los humanos:
con furores insanos
sus divinos reflejos
acechará la envidia desde lejos.

A ti, deidad amable,
consagro yo mi lira,
cuya inocente voz el mundo extraña,
porque en el execrable
templo de la mentira
nunca viles elogios acompaña;
ni glorias del que baña
la tierra con espanto,
en sangre la mitad, el resto en llanto.

Mientras esos feroces
guerreros por las manos
de los que les maldicen se coronan,
entonando sus voces
elogios inhumanos
al son de los suspiros que ocasionan,
dulcemente se entonan
los ecos de mi lira
para cantar las glorias de Zelmira.

El céfiro su aliento,
las aguas su murmullo,
aves y ninfas sus cantares glosan
de Febo en el asiento;
pero viendo el orgullo

noble con que cantar mis labios osan,
las aguas se reposan,
Los aires se suspenden,

Las ninfas y los pájaros atienden.
Todo en silencio calla;
y aun el silencio escucha:
las praderas del Pindo se semejan
a un campo de batalla
cuando la fiera lucha
los vencedores y vencidos dejan;
y hasta los que se quejan
de su tremenda suerte
se entregan al silencio de la muerte.

Febo libra sus sienes
de los cabellos rojos,
por no perder un eco de mi canto.
No te admire si tienes,
Zelmira, en esos ojos
Para débiles hombres tal encanto,
pues reparé, entre tanto
que te nombraba el labio,
mi propio rendimiento en el Dios sabio.

Yo canté tu belleza,
de las almas consuelo,
zagala de los ojos alegría;
en quien naturaleza,
la fortuna y el cielo
repartieron sus dones a porfía:
y aún tuve la osadía
al par de tu hermosura,
de celebrar tu gracia y tu ternura.

El noble sentimiento
que en ese pecho asiste,
y ajenas desventuras no tolera:
con que le das contento,
sin que le pida, al triste,
y remedias su mal tan placentera;
que el triste no quisiera,
cuando aliviado parte,
Acabar de tomar por no dejarte.

Así yo repasaba

tus prendas de una en una
esforzando el acento; mas Apolo,
que absorto me escuchaba
no es dado a voz alguna
(dice) con dignidad sino a mi sólo
llevar de polo a polo
de Zelmira la gloria;

oíd en el amor su gran victoria:
al despuntar el día,
cuando mi luz ya dora
las copas de los álamos mayores,
de su redil salía
más bella que la Aurora
la dulce perdición de los pastores:
no con vivos colores
afrentando a la rosa,
sino pálida, triste y pesarosa.

Turbado el claro brillo
de sus celestes ojos,
y queriendo ocultar con su cabello
el semblante amarillo,
porque le da sonrojos
llevar en él de su pasión el sello;
viendo el Amor aquello,
con agitar el ala
esparce el pelo, y la pasión señala.

Cediendo a su destino
la cuitada pastora
Buscaba de Damón el aposento;
tal vez en el camino
se acuerda que el que adora
desconoce de amar el sentimiento:
y presagia el tormento
de sentir vivamente
sin poder inspirar lo que se siente.

Ya ve por fin la casa
del Misántropo adusto,
y teme y se alborozaba vacilante:
tal caminante pasa
de la congoja al gusto
si la perdida senda ve delante:
tal pasa el navegante

del gusto a la congoja
cuando duerme la mar, cuando se enoja.

En el umbral confusa
piensa que sus pasiones
a las aras de amor la precipitan:
el pudor lo rehúsa;
pero grandes acciones
siempre víctimas grandes necesitan:
los incendios que agitan
su pecho reconcentra,
vence el amor, se determina, y entra.

En soledad austera,
huyendo los placeres,
vive Damón en rústico recreo;
que como si no fuera
el padre de los seres
Amor, lo llama torpe devaneo,
que nace del deseo,
con la esperanza crece,
y con la posesión desaparece.

No hay gracias de hermosura
para su pecho helado,
erizado de rígidos abrojos:
ignora la dulzura
de amar y ser amado;
no consulta las risas, los enojos
de dos hermosos ojos
en el callado giro:
no conoce la fuerza de un suspiro.

La triste enamorada
con todo el atractivo
del bello sexo y de la edad florida,
de su pasión llevada
preséntase al esquivo,
de amor a un tiempo y de temor perdida:
la voz fue detenida
por el dolor agudo,
mas...¿qué no dijo su semblante mudo

Yo vi la más hermosa,
la zagala más tierna
a los pies del mortal más inhumano

quejarse tan ansiosa
de su congoja interna,
que moviera a piedad un tigre hircano:
yo vi bañar en vano
su llanto el duro suelo
y en vano su lamento herir el cielo.

Ya en él cruel fijaba
los ojos expresivos,
y él cruel la miraba, y se reía:
ya del pecho exhalaba
suspiros fugitivos,
y parece que en ellos le decía:
vuélveme el alma mía,
vuélveme el alma, fiero;
y responderla el bárbaro: no quiero.

¡Inútiles rigores!
Venció... mas tente, lira;
todo sensible corazón te entiende:
en batalla de amores
siempre vence Zelmira:
si su victoria, cielos, os ofende,
vuestro furor enciende,
y a venganza os provoca,
poned al hombre un corazón de roca.

Pero que no palpiten
los que saben a prueba
el secreto placer de un triste llanto:
que la ternura admiten,
y ella misma les lleva
a ser amantes de Zelmira, en tanto
que le presta su encanto
y su viveza propia
el noble original de quien es copia.

¡Modelo incomparable,
más lleno de ternura
que la Diosa de Pafos y Citeres:
de cuya sombra amable
huye la desventura,
y la siguen jugando los placeres!

Tú logras cuanto quieres

del corazón sensible
por una seducción irresistible.
Cuanto tu rostro mira,
cuanto tu planta toca
abandonan los hados rigurosos;

calma la mar su ira,
Marte el furor revoca,
soldado y marinero son dichosos:
cesan los dolorosos
ayes de la indignancia
renace la esperanza en tu presencia.

Tú la frente serena
alzas, donde reside
más que el rayo del sol un genio claro:
oyes gemir, con pena,
la educación que pide
a la moral benéfico reparo;
y volando a su amparo
con tu persona y bienes,
a corregir el vicio te previenes.

Piensas; y sus audacias
prueban las bellas artes
erigiendo el teatro en un momento;
ríes; y las tres Gracias
vuelan por todas partes
a colmar de deleite el aposento;
hablas: te da su aliento
la dulce Poesía;
cantas: Febo te presta su armonía.
así en amable lazo
con dos hermosas damas,
que parece en su seno han escondido,
una desde el regazo
de Venus lentas llamas,
otra menudas chispas de Cupido,
con el joven querido
de ti, mas no tan solo,
que le quiere también el mismo Apolo.

Y la noble comparsa
de amigos, que con arte
supieron dar aspecto verdadero
a la graciosa farsa

del divino Iriarte;
y aquella cuyo canto lisonjero
suele aplaudir, primero
que las batientes palmas,
el embeleso mudo de las almas.

Hiciste las delicias
del concurso lucido,
siendo tu casa templo del buen gusto:
ganaste las albricias
del Autor ofendido,
que vio dar a su pieza el precio justo:
y el censor más adusto,
participando el pasmo,
tus gracias aplaudió con entusiasmo.

¡Instantes de ventura
breves como apreciables,
precursores de mal tan excesivo!

Quien os dio la dulzura,
¿Por qué no os hizo estables
alargando un placer tan fugitivo?
Cual relámpago vivo,
que en la negra tormenta
brilla, deslumbra, y la tiniebla aumenta;

Así desaparece
de nosotros Zelmira...
sin que mi canto detenerla pueda:
el numen desfallece,
suelto la débil lira,
paso a la voz el sentimiento veda;
y más acción no queda
al labio que la canta
sino adorar su fugitiva planta.

Enviando a una dama unos versos amorosos antiguos que ésta le había pedido

Letrilla

Como suele el agua limpia
de un arroyo transparente
ir huyendo de la fuente

a precipitarse al mar:

a ti, deliciosa Olimpia,

estos versos se dirigen,
olvidando hasta el origen
del antiguo suspirar.

Terpsícore o las gracias del baile

Poema

Hija de la inocencia y la alegría,
del movimiento Reina encantadora,
Terpsícore hoy te implora
propia deidad mi ardiente fantasía.
Tú, que animada del impulso blando
que siente toda ingenua criatura
viendo a sus pies florida la llanura,
el cielo claro, el céfiro lascivo,
vas sus fáciles saltos arreglando
y esparces gracia en su bailar festivo;
tú, del sagrado fuego en que me inflamo,
diosa de juventud, serás la guía
tú, a quien mil veces llamo
hija de la inocencia y la alegría.

¡Oh, si volviendo atrás su fugitivo
curso la edad, me viera con presteza
de la naturaleza
transportado al oriente primitivo!
¡Cómo te viera en toda tu influencia,
oh diosa, deleitar a aquellas gentes
que, aun sin pudor, se amaban inocentes!
Ellas, sin más adorno que las flores,
y su candor por única decencia,
iban bailando en pos de sus amores:
y sobre aquellos cuerpos, que del arte
aún no desfiguraban las falacias
lograbas derramarte
tú con todo el tesoro de tus gracias.

Mas ¡ay! que ruborosas de las cumbres
se arrojaron las ninfas a los valles,

y cubrieron sus talles
con arte rudo igual a sus costumbres.
Los árboles las dieron su corteza,
y sus frondosas hojas, y el ganado
se vio de sus vellones despojado
para cubrir las inocentes formas:
despareció la humana gentileza:
¡y tú, naturaleza, te conformas!
En tus obras maestras ¡cual ruina!
¡Y cual, bajo la nube del misterios

Terpsícore divina,
perdiste lo más bello de tu imperio!
Tu imperio ya no luce, aunque se extiende
sobre la airosa espalda, el alto pecho,
y el talle a torno hecho,

que un envidioso velo lo defiende:
en vez de aquella ingenuidad amable,
pródiga de las gracias que atesora,
nos vino la modestia encubridora.
No es lícito a los ojos gozar tanto:
mas el alma sensible ¿cómo es dable
que no halle en la modestia un nuevo encanto?
Mas interesa en el jardín ameno
la rosa que naciendo se sonroja,
que cuando abierto el seno
va dando a cada céfiro una hoja.

De las lúbricas gracias el prestigio
hermanaste al pudor en tal manera,
que la virtud austera
se paró enamorada del prodigio.
El alto cielo en tu favor se inclina;
y la naturaleza con anhelo
ansió la creación de algún modelo
digno de tus lecciones: de gentiles
miembros, de majestad alta y divina,
incapaz de mover pasiones viles.
Tal su deseo fue; y entre millares
de bellas ninfas una fue elegida,
cual Venus de los mares,
de la espuma del Sena concebida.
Alargole Terpsícore la mano
al desprender de la nativa espuma:
bajo su pie de pluma

la yerba apenas se dobló del llano:
en los mórbidos miembros a Citeres,
en los tímidos ojos a Diana,
en el rubor semeja a la mañana:
su acción con majestad voluptuosa
anuncia, mas no brinda, los placeres:
cúbrela un manto de azucena y rosa;
y así dulce, sencilla, delicada
(copia en fin del objeto que idolatro
de gracias coronada
se ofreció de la Iberia al gran teatro.

El bello aspecto enajenó las almas;
mas luego suena el populoso claustro
cual si agitara el austro
un bosque entero de movibles palmas.
Ella el suelo y el aire señorea,
mostrándose fenómeno, igualmente
del cielo y de la tierra independiente:
mírala el vulgo con el mismo arrobó
con que otra vez una inocente aldea
majestuoso descendiendo el globo.
Mas de las almas tiernas entre tanto,

¿Cual aquel movimiento no sentía,
aquel secreto encanto,
aquel placer que llaman simpatía?
El sonoro coro de instrumentos,
como las aves a la luz del alba,
la tributa su salva;
mas la tímida ninfa a sus acentos
asustada se muestra; y como pide
su delicada acción más dulce pauta,
sólo modula la melosa flauta.

Entonces al suavísimo sonido
imperceptiblemente se decide
su movimiento blando y sostenido:
parece a Galatea) cuando apenas
su corazón palpita, y va con pausa
sintiendo por sus venas
aquella vida de que amor fue causa.
Despléganse los brazos con blandura,
y noblemente erguida la cabeza,
a rodear empieza
los ojos desmayados de ternura:

ya de los bellos brazos compañero
preséntase en el aire el pie divino,
pie que la tierra no pisó más fino:
sólo en un punto imperceptible estriba
que al suelo toque el otro pie ligero,
y no vuela la bella fugitiva;
ella suspensa está: también con ella
enmudece la música: y entonces...
Una imagen tan bella...
nunca la Grecia la imitó en sus bronce.
Vuelve a sonar con trémulo suspiro
la querelosa flauta, y el hermoso
cuerpo a moverse airoso
en torno de sí mismo en lento giro.
¡Cielos! ¡oh cual las ávidas miradas
van sucesivamente repasando
la flexible cintura, el brazo blando,
del seno virginal la doble forma,
y las demás que deja señaladas
el velo que a ceñirlas se conforma!
Mas ¡ay! que entonces un momento eterno
nos roba de sus ojos la luz pura,
y en el nubloso invierno
no es tan lenta la noche más oscura.

¿Dónde vas? ¿dónde estás? la flauta gime;
y ella como en un presto sobresalto
se alza en súbito salto,
y clávase de frente. La sublime
orquesta resonando la saluda,
cual relámpago vivo el entusiasmo.
Rompe, y deshace el silencioso pasmo:
entre el espeso rebatir de palmas
no hay una voz, no hay una lengua muda:
viva, suspiran las ardientes almas:
viva, suena en las filas inferiores
viva, en los palcos relumbrantes de oro:
viva, en los corredores:
viva, repite el artesón sonoro.

Muestra el desnudo la indulgente falda
que las gentiles formas determina:
su cabeza declina
voluptuosamente hacia la espalda
siempre en su rostro la modestia impera:
mas por cada deseo, compasivos

devuelven un placer sus ojos vivos:
placer de amor, que honestidad respira;
¡placer de amar, necesidad primera
de un tierno corazón! ¡cómo el que aspira
tu llama a confundir, honesta y pura
con una liviandad torpe y facticia,
al pie de la hermosura
pierde el sosiego, y no halla la delicia!

¿Mas qué mudanza súbita? la orquesta
se precipita alegre, y en el aire
con gracioso donaire
la ninfa sin cesar se manifiesta.
Como leve balón se alza y aterra:
dijeran que debajo de su planta
la atracción de la tierra se quebranta;
o bien que de placer en cada salto
suspira el seno de la madre tierra,
y vuelve hermosa a levantarla en alto.
Vaga el rosado velo en el ambiente,
y relevado en trenzas su cabello
deja ver claramente
la afectuosa posición del cuello.

Ni el presto pensamiento seguiría
la fuga de los pies; no es por el cielo
tan fugitivo el vuelo;
por el agua sin riesgo correría:
si el uno se detiene, el otro en tanto
como paloma que agiliza el ala
con batido halagüeño le regala:
ya abandonan el suelo, y se restaura
su aérea posición; ¡celestes encanto,
que de inmortalidad respira el aura!
Presta para ganar dulces despojos,
y luego huir por las etéreas salas,
en sus pies y sus ojos
lleva de Amor las flechas y las alas.

No abuses de ellas, no, mi Ninfa, espera:
ni así girando en círculo voluble
esa imagen ligera
en un hermoso vértigo se nubla;
como se turba el río cristalino
alrededor del hoyo que le veda
su curso, y se revuelve en remolino.

Nuestro amor la ofendió, si, pues ya queda
fija su planta, y veo en su hermosura
la expresión del dolor y la ternura;
como niña que en fiestas amorosas
de su querido amante, incauta siente
junto a sus frescas rosas
en vez del labio el atrevido diente.

Ninfa gentil, serena los enojos.
Isbel... ¡ay cielos! que en mi propio agravio
huyó tu nombre de mi ardiente labio
como tu imagen de mis tristes ojos.
tú que a la esfera del amor te subes,
¡brinco amoroso de las gracias bellas,
como ellas ágil y fugaz como ellas!
¡Cómo te ofende nuestro justo incienso,
tú, que has nacido para hollar las nubes
que andan vagando por el cielo inmenso!
¡Cómo tú misma la pasión no halagas,
si cual abeja variando flores
de pecho en pecho revolante vagas
vertiendo gracias y cogiendo amores!
Divina Isbel, tu cuerpo con molicie
en las auras parece se recuesta;
tan frívola tu planta como presta
halaga la terrena superficie:
fresca hermosura, juventud riente,
tus nobles actitudes hermosea:
y tal es tu decoro, que ni el aire
cuando bailando tu ropaje ondea,
Audaz se ve que tu pudor desaire.
Sublime Isbel, ese país que ha dado
a Venus y a Diana honra divina,

Venus menos que tú dulce y graciosa.
Menos casta Lucina,
vuela, písale tú, serás su diosa.
Mas tú sigues risueña, y perfilando
el cuerpo celestial, libras su peso
sólo en un pie, travieso
el otro al aire con los brazos dando:
sólo tu rostro veo de soslayo,
sólo de tus mejillas una rosa,
y de tus vivos ojos sólo un rayo;
todo me anuncia un atrevido vuelo:
sí, linda Isbel, esa postura airosa,

imagen de la paz y del consuelo,
no anuncia que te lances fugitiva
del alto Jove a transportar la copa,
sino a lograr la venturosa oliva
que está anhelando la infeliz Europa.
¿Quién goza, sino tú, el poder divino
de franquear la tierra, hender los vientos?
Vuelo serán, los aires tu camino.
Tú, cual eres gentil, serás sensible,
que nutrirse unos ojos tan fogosos
con el hielo del alma, es imposible:
parte, y verás los hombres venturosos:
vuela del Norte a los primeros climas:
sube a los Alpes; sus nevadas cimas
blanquean del candor de la inocencia;
de allí descubrirás el ara santa,
que ya tal vez levanta
a la paz la feliz beneficencia.

A tu mano, a tu frente de alabastro
dará la paz su bienhechora oliva:
tú partirás Isbel rauda y altiva,
y de serenidad serás el astro.
Las Artes con los ojos aún no enjutos
alfombrarán de rosas tu carrera;
tú ni sus hojas doblarás siquiera
con tu rápido pie: valles y montes,
que la guerra dejó yermos de frutos,
transpondrás, y en los bajos horizontes
alzará el arador la frente ansiosa
ennoblecida de su sudor, y al verte
tan bella y luminosa
presentirá su venturosa suerte.

¡Cuántos tributos de ternura y gozo
te ofrecerán en tu glorioso giro!
la viuda ausente su último sollozo,
el padre anciano su postrer suspiro.
Mas cuando atenta a serenar los mares
por el cristal del agua atravesares,
huye del agua tú, Náyade bella,
huye del agua tú, sigue mi aviso,
que si como un Amor te ves en ella,
tú serás en amor como Narciso.
Así lèves la paz al hemisferio,
desde el Íbero hasta el Britano solio,

del uno al otro imperio,
y desde el Louvre al alto Capitolio.

Perdona, Isbel, perdona el extravío
de un entusiasmo que su bien presagia:
¡qué puede producir la noble magia
de tu baile gentil, el señorío
de aquellas actitudes, do presiden
el amor, la belleza y la decencia
sitisio estas ilusiones de inocencia!

Y tú, divino origen de este encanto,
Terpsícore, perdona mi embeleso
por una Ninfa que proteges tanto;
no juzgues ¡ay! por eso, arte divina,
que mis inciensos en tu honor rebajen,
que a ti la gloria solo se encamina
del loor dado a tu perfecta imagen.

Al casamiento de la bella en los primeros días de la primavera

Soneto

No risueña, cual tiene de costumbre,
salió la Aurora ayer en el oriente,
sino turbado el oro de su frente,
llena de languidez y pesadumbre.

La precursora Venus y cuya lumbre
va ahuyentando las sombras a occidente,
al verla caminar tan tristemente
le preguntaba así con mansedumbre:

¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Te es acaso
la primavera menos obsequiosa?
¿Quiere darte la flor o el fruto escaso?

¡Qué primavera, dice, madre hermosa,
si apenas doy en ella el primer paso,
y ya me voy sin la primera rosa!

Al cumpleaños de Maraya R... célebre poetisa inglesa

Soneto

Dame, Apolo, que pase en versos suaves
del pecho al labio en tierno sentimiento,
cantaré de Maraya el nacimiento,
así como el del sol cantan las aves:

yo conocí por ella, y tú lo sabes,
la gracia unida al varonil talento,
y al ver sus ojos, dije: Amor, te siento;
y al ver sus versos: Lesbos, no te alabes.

Si, nueva Safo en su expresión contemplo,
Safo en sus versos dulces y elegantes,
dos Safos cuente de la fama el templo:

mas ¡ay! que, por senderos bien distantes,
Safo a Leucate honró con triste ejemplo,
y esta da el principio a sus amantes!

El amor y la amistad

Rondel

Si amistad se vuelve amor,
adiós quietud de la vida
no hay momento sin dolor
si amistad se vuelve amor.

Huyamos pues el rigor
de la simpática herida,
que amistad vuelta en amor,
adiós quietud de la vida.

Si amor se vuelve amistad,
adiós placer de la vida.
¡Qué insulsa tranquilidad
si amor se vuelve amistad!

Amantes, el bien gozad
de vuestra afición querida,
que amor vuelto en amistad,
adiós placer de la vida.

Mas sin amor ni amistad,
adiós imán de la vida.
Toda unión es soledad.
sin amor, sin amistad.

El pecho a un amigo dad
y el alma a una fiel querida,
pues sin amor ni amistad,
adiós imán de la vida.

REGLAS DEL BUEN GUSTO PARA LAS TRES MÁS ARDUAS EMPRESAS DE LA POESÍA: TRAGEDIA, POEMA ÉPICO, Y COMEDIA

Canto didáctico

La tragedia

No hay sierpe horrible o monstruo que no pueda
el arte imitador volvernós grato,
o a quien de un pincel vivo el artificio
no comunique gracia. La Tragedia
así, cuando de Egisto ensangrentado
pinta el dolor, o al parricida Orestes
voces presta de atroz remordimiento,
acierta a entretener aun con el llanto.

Tú, a quien la gloria escénica enamora,
acércate a obtenerla en nobles metros
y si en la escena cautivar quisieres
los votos de París, y que tus obras,
cuanto más repetidas más gustadas,
se vuelvan a pedir tras largos años,
haz que en tus dramas la pasión señora,
derecha al corazón vaya, y le inflame:
si de un grato furor el vario impulso,
ya de dulce terror, ya de suave
compasión no le anima, en vano ostentas
sabias escenas y eruditas frases,
que al auditorio, en aplaudir moroso,
helarían más tus lógicos discursos;
hasta que de retóricas cansado,
verás que al fin se duerme, o te critica.

¿Agradar y moverme es el objeto?
Inventa pues recursos que lo logren:
que a los primeros versos preparada
la acción entre en materia presurosa:
risible personaje es a mis ojos
el que decir no acierta a lo que viene,
y al declararme su embrollada intriga,
lo que era diversión me hace tarea:
fuera mejor que, decorando el nombre,
dijera: yo soy Pirro, o soy Orestes,
que de oscuros enigmas, sin decirnos
nada a la mente, henchirnos las orejas.

Cuanto más breve expóngase el asunto:
sea de la escena el sitio único y fijo:
deja estrechar mil años en un día
al impaciente Íbero, que en los actos
de sus fogosos dramas saca al héroe
niño al primero, al último caduco:
pero, según razón, sea entre nosotros
la acción con arte tal distribuida,
que en un sitio, en un día, un hecho solo
tenga hasta el fin el auditorio atento.
Jamás cosa increíble se presente;
que ni aun lo cierto es siempre verosímil:
portento absurdo a recrear no alcanza
ni a interesar lo que razón repugna.

Dese a la narración lo que a la vista
negarse deba: sé cuanto más vivo
se fija lo que vemos; pero hay cosas
que el oído las sufre, y no los ojos.
Crezca así el nudo de una en otra escena,
que ya en su colmo fácil se desate:
nada con más vigor hiere la mente,
cuando en medio de un tejido enlace
la verdad, cual relámpago saliendo,
da a todo aspecto nuevo y no previsto.

La Tragedia, al nacer tosca y sin forma,
sólo era un simple coro en que, danzando,
loor y ruego a Baco se entonaba,
porque del viñador cumplierse el voto;
estro prestando el vino a los rivales,
premio era un chivo al vencedor del canto.
Tespis fue quien primero en mosto ungido,

de actores mal vestidos rodeado,
paseó en carro tan feliz locura,
y a la aldea admiró y al peregrino.

Al coro Esquilo unió los personajes,
máscara más decente al actor puso,
y, calzado el coturno, hollar les hizo
tablados altos en abiertas plazas.
Nace el genio de Sófocles, y el drama
por él adquiere pompa y armonía;
une coro y acción, y el rudo verso
lima en tal modo, y de expresión le envuelve,
que a la cumbre ensalzó la griega escena
do no arribaron las latinas Musas.

Tuvieron nuestros místicos mayores
el teatro en horror, y este deleite
por largo tiempo en Francia fue ignorado:
en Paris le ocupó la vez primera,
dicen, turba de incultos peregrinos,
que en su celo piadoso, al par que simple,
los divinos misterios dio al teatro.

La ilustración por fin a su ignorancia
desengañó del uso irreverente;
y aquellos, sin misión, predicadores
dieron lugar a Fedra, Elena o Pirro:
soltó el actor la máscara, y remplaza
el solo violín, música y coro.
Pronto raudal feliz de afectos tiernos,
cual la novela, al drama señorea
Amor, de cuya acción la fiel pintura
siempre hasta el corazón se abre camino.

Sea amante el héroe vuestro: yo os lo apruebo
mas no le hagáis pastor almibarado:
que no ame Aquiles como Aminta o Tirsis,
ni en Artamenes transforméis un Ciro.
Y así el remordimiento al amor cerque,
que no virtud, debilidad parezca.
Huye puerilidades precavido
de romancescos héroes, sin que niegues
cierta flaqueza, aun a las almas grandes.

Menos impetuoso Aquiles mismo
disgustaría; me deleita el verle

llorar cual niño, mas llorar afrentas;
sombra es que sirve a realzar su imagen,
y la verdad del natural descubre.

Consérvale su forma en tus escritos:
muestra soberbio y codicioso a Atridas
piadoso, austero y religioso a Eneas:
cada uno, en fin, con su carácter propio.

Ni menos diligente estudiar debes
costumbres y usos de eras y países,
fuentes eternas de índoles distintas:
ni des, como en la Clelia, al Lacio antiguo
vivacidad francesa; o ver nos hagas
romano en nombre, en hechos Parisino,
un Catón tierno, un Bruto pisaverde.
Todo se excusa en frívolos romances:
si la ficción divierte, a más no aspira;
mas en la escena inviolables leyes
de decoro y verdad la razón dicta.
Si de tu ingenio el personaje es fruto,
carácter dale igual, en invariable
concluya al fin, cual se mostró al principio.
Inadvertido o presumido a veces,
tal un autor sus héroes se asemeja,
que si es Cascon, les da gascón lenguaje;
y se oye a Calprenedo oyendo a Juba.

Naturaleza amena, al par que varia,
propia expresión a cada afecto asigna,
y a la cólera dio voces briosas,
como a la humillación tonos suaves.
Ante Troya incendiada Hécuba triste
no exhale hinchadas quejas, ni describa
en qué hórrido lugar por siete bocas
se arroja el Tánais en el ponto Euxino.
La ostentación de tan hinchadas frases
cede a los que se prendan de sonidos:
propias son del dolor blandas querellas:
llora tú, y obtendrás el llanto ajeno.

Voces que el actor dice en hueco tono
no parten, no, de un pecho enternecido.
Ardua palestra en Francia es el teatro,
en delicados críticos fecunda;
no logra autor allí fáciles palmas;

siempre halla bocas a silbarle prontas:
si necio o charlatán le llama alguno,
es fuero que al entrar compra a la puerta.
Autor que ha de agradar, pruebe ingenioso
mil tonos: ora el medio, ora el sublime,
en nobles sentimientos siempre ameno,
siempre agradable, sólido y profundo,
rasgos de luz esparza inopinados:
con maravillas nuevas tenga siempre
suspensa la atención; que cuanto diga
se fije en la memoria; y la obra entera
deje un largo recuerdo en nuestra mente.
Tal habla, obra y se ostenta la Tragedia

La Epopeya

El Épico poema, aún más grandioso,
con fábulas sustenta y con ficciones
la vasta narración de acción más larga.
Todo a la admiración en él conspira,
todo en él toma cuerpo, alma y semblante.
Deidad en él toda virtud se vuelve.
La prudencia es Minerva: la hermosura
Venus: ni del vapor hijo es el trueno,
mas de Jove en furor que aterra al mundo;
negra procela al navegante horrible
es Neptuno que airado el Mar azota:
no revocada voz Eco, mas Ninfa
que se lamenta en llanto a su Narciso.
A tan bellas ficciones elevado,
así el Vate sus cantos ameniza,
lo adorna, ilustra y engrandece todo,
a cuanto llega en flores lo reviste.

Que una borrasca las dispersas naves
de Eneas lleve a la africana orilla,
es usado rigor de la fortuna:
mas que de Juno el odio inveterado
por largos mares sin cesar persiga
los restos de Ilión: que a ruego suyo
Eolo de sus lóbregas cavernas
desenfrene los vientos procelosos,
y amotine las olas; cuando se alza
Neptuno, que imperioso las increpa,

y de una voz serena el mar y el cielo,
las naves de entre sirtes arrancando;
ved lo que asombra, y de interés nos llena.

Sin ornamento igual desmaya el verso,
la poesía desfallece y muere,
y un orador sin nervio es el poeta,
insulso narrador de áridos cuentos.
Mal se encamina el que diversas fuentes
de lo maravilloso y bello busca;
y al Dios de la verdad y sus Profetas
dando el lugar que a las deidades, hijas
de fantástico numen, sus lectores
a cada paso en los infiernos hunde,
de Belcebú y Satanás al lado.
Misterios tan terribles mal se avienen
con profanos adornos: sólo ofrece
penitencia y castigos merecidos
a la conciencia rea el Evangelio
mezclarle con ficciones fuera darle
falsa apariencia a la verdad más seria.

¡Cosa bella por cierto es la pintura
de un feo diablo aullando contra el cielo
por deslucir a un héroe, y que en la ducha
el divino poder sucumba a veces!
Hízolo un tiempo el Taso con aplauso,
se me dirá: no intento disuadirlo;
mas sé que de su patria honor no fuera,
ni en tanto le preciara el siglo nuestro,
si el héroe que cantó, siempre devoto
sólo con píos rezos se ocupase
en domar a Satán y no llegaran
un Tancredo, un Reinaldo, una Clorinda,
un fiero Argante a engrandecer su cuadro.
En un cristiano asunto no por eso
ingerir quiero fábulas paganas:
mas querer despojar de sus ficciones
la profana pintura, al reino undoso
los Tritones quitar, el doble filo
a las Parcas, y a Pan su alegre avena;
vedar que de Carón la barca triste
pase a un pastor al lado de un Monarca,
escrúpulo es pueril, y al fin tan vano
como pensar en agradar sin gracias.

Luego tú figurar a la Prudencia
sabréis, ni a Temis dar venda y balanza,
ni a la Guerra pintar con faz de bronce,
ni con horario en mano huyendo al Tiempo.
¡Y habrán de ser tan bellas alusiones
como paganos ídolos proscritas!
Deja se precien de su error piadoso;
mas tú con tino a los antiguos sigue,
sin que cristiano irreverente vuelvas
al Dios de la verdad en Dios de errores.

Mira cual de la Fabula al contacto
nacen bellezas; aun los nombres mismos
son fortunas del verso; Orestes, Eneas,
Agamenón, Idomeneo, Ulises,
Helena, Paris, Héctor, Menelao...
¡qué me diréis de la graciosa idea
del necio Vate que, entre tantos dignos,
tomó por héroe suyo a Childebrando!
Sino que sólo un nombre extraño y duro
hace risible o bárbaro un poema.
¿Quieres siempre agradar, jamás cansando?
Elige un héroe a interesare propio,
así en virtud, como en valor, preclaro;
grande, aun en sus defectos; en sus obras
siempre digno de gloria, cual fue César,
cual Alejandro, o cual Luis en suma;
y no a Eteócles, ni a su inicuo hermano:
de héroe vulgar fastidian las proezas.
Profusos no os mostréis en incidentes:
la cólera de Aquiles bastó a Homero
para un largo poema: otros el suyo
abrumándole en galas, le empobrecen.

Sé expedito en narrar, rápido y puro,
como en el describir rico y pomposo;
allí prodiga versos elegantes,
de bajas circunstancias siempre exentos:
y no como aquel loco, que pintando
del pueblo hebreo el paso fugitivo
por medio de las ondas suspendidas,
a verlo trae los peces asomados
a las ventanas; y un rapaz que corre,
y juega y salta, y tira piedrecillas,
y risueño a la madre ofrece alguna.
¡A qué pararse en frívolas ineptias!

Guarde el poema proporción debida:
modesto sea el exordio, y no afectado,
sin que montado en el Pegaso apenas
prorrumpa el verso en son vociferante:
al vencedor de vencedores canto.
¿A tanto prometer qué efecto sigue?
Nace un ratón del monte al gran preñado.
¡Cuánto más vale aquel maestro antiguo,
que sin tanto aparato, en dulce tono,
fácil, sencillo, armonioso dice:
canto las armas y el varón piadoso,
que, de la Frigia orilla desterrado,
pisó el primero el suelo de Lavinia!
La musa no se acerca fulminante;
queriendo cumplir mucho, ofrece poco:
bien pronto la veréis raudal fecundo
pronunciar los oráculos del Lacio,
pintar las negras ondas de Aqueronte,
la sorda Estigia, y por el bello Elisio
mostrar vagando Césares futuros.
De imágenes alegres orna el verso,
tal, que ilusos los ojos verlas crean:
a un tiempo cabe ser plácido y grande:
¿lo sublime a qué sirve, si es cansado?
El Ariosto y sus burlescos cuentos
prefiero a todo autor helado y grave,
que a menos tiene el que las Gracias osen
mirar festivas su fruncido ceño.

Bien pudiera decirse que algún día,
por la naturaleza aleccionado,
robase Homero el ceñidor a Venus;
tal abunda en agrados: cuanto toca
en oro lo convierte: entre sus manos
todo halagüeño ríe, sin mezclarse
jamás fastidio a su delicia pura:
estro feliz inflama sus discursos,
nunca en vagos rodeos distraído:
sin dar orden simétrico a sus cantos,
todo halla en ellos su lugar preciso,
todo está sin esfuerzo preparado,
fácil se explica todo, y cada verso,
cada voz presurosa al fin conduce.
Ama sus cantos, ámalos sincero,
que es sacar fruto ya saber gustarlos.
Poema en invención y orden perfecto

no es obra, no, de un frívolo capricho:
tiempo y estudio pide; a un principiante
no le es dado tentar tan ardua empresa.
Mas sucede también que herido a veces
de efímera centella un triste Vate,
la falsa inspiración cree, y se aplica
la épica trompa al inexperto labio;
luego prorrumpe en versos vagabundos,
que eleva a saltos con penoso esfuerzo,
donde sin juicio ni instrucción desmaya,
por falta de alimento, el fuego fatuo.
De su incapacidad por disuadirle
trabaja, en vano, el público desprecio:
que él se aplaude a si propio, y el incienso,
de los demás negado, él se prodiga:
pobre inventor Virgilio es a su lado:
párvulo Homero en la ficción grandiosa:
si el siglo actual de su sentencia ríe,
a la posteridad sin miedo apela:
mas mientras vuelve el delicado gusto,
que al fin dará esplendor a sus escritos,
a un lóbrego almacén se van los tristes
a disputar en singular pelea
su duración al polvo y la carcoma.
Dejadlos pues con ellos entenderse,
a nuestro fin sin divagar volviendo.

La Comedia

La aura feliz del trágico coturno
dio vida a la Comedia; en ella el Griego
de natural maligno en formas varias
de su mordacidad vertió el veneno:
sufrió el pudor, sufrió la virtud misma
de la irrisión naciente infames tiros:
del mérito más puro el vilipendio
enriqueció al Poeta, que entre un coro
de nubes hizo a Sócrates el justo
de un populacho vil, servir de escarnio.
La ley al fin a refrenar acude
audacia tanta, y la prudencia impone
al cómico mordaz, vedando sabia
descubrir nombres, o imitar semblantes.
Así, perdido el frenesí primero,

ríe sin amargura la Comedia,
sin hiel increpa, sin veneno instruye,
y dulce agrada en versos de Menandro.
Al nuevo espejo cada erial que mira
se ve con gusto, o no se reconoce:
del cuadro fiel de la avaricia ríe
el mismo avaro que sirvió a la copia;
o los aires de un necio bien trazados,
satisfecho el modelo los aplaude.
Sigue a Natura con sagaces ojos
si la cómica palma ansioso anhelas;
estúdiala en el hombre; que si indagas
del corazón los senos escondidos,
sabrás lo que es un pródigo, un avaro,
un honrado, un hipócrita, un celoso,
y alegrando la escena felizmente
sabrás darles acción, gesto y palabras.

A la imagen más simple el color vivo
de cada cual aplica, pues fecunda
naturaleza en genios singulares,
facciones varias en las almas graba,
que un gesto, una mirada hace patentes;
y el don de penetrarla en pocos cupo.
Voluble el tiempo aun nuestros genios cambia:
cada edad tiene el suyo, y gustos nuevos.
El joven, en caprichos fervoroso,
dócil se presta a la impresión del vicio,
frívolo en discurrir, vario en deseos,
a la censura, y no al placer, remiso.
Luego la edad viril, con más consejo,
busca al prócer, negocia, se contiene,
repara cauto el golpe de fortuna,
y al por venir ajusta sus proyectos.
La triste senectud siempre atesora;
guarda, y no para sí: con pie de hielo
camina a sus designios: los pasados
tiempos encomia, y el actual deprime;
y a la risueña juventud reprende
los dulces gustos que la edad le niega.
No juvenil audacia al lento anciano,
ni de este al joven des el grave tono.
La corte estudia, y la ciudad observa,
que a competencia te darán modelos:
de tan fecundas minas sus escritos
enriqueció Molière; y al colmo fuera

del arte, ornado de laurel más puro,
si menos popular no degradara
con tan baja expresión sus doctos cuadros,
gesto vulgar prestando a sus figuras,
lo bufón prefiriendo a lo gracioso,
y con Terencio a Tavarín juntando.
¿Quién por hijos tendrá del Genio mismo
al Misántropo, y a Scapin grosero!
Mal sufre la Comedia el llanto y pompa
del trágico dolor: mas no descienda
a mendigar con indecentes modos
de plaza en plaza la plebeya risa.

Culta y civil se muestre en sus gracejos:
suéltese fácil su difícil nudo:
guíela el juicio a que jamás incauta
caiga en escena de interés vacía:
su llano estilo elévese oportuno;
su hablar abunde en chistes, que pasiones,
sagazmente entendidas, desenvuelvan:
recíprocas se enlacen las escenas:
gracias que al juicio ofendan no lo adornen:
ni de lo natural jamás se aparte.

Mira en Terencio un padre, con qué rostro
riñendo está del hijo enamorado
la imprudencia; y el gesto del amante
al oírlo, y que luego a su querida
vuela, a olvidar la sabia cantinela.
No son pinturas estas, ni retratos;
son hijo, padre, amantes verdaderos.
Honre la escena enhorabuena el Vate,
que, respetando al público, embelesa
con la razón, sin que jamás la choque:
mas al juglar, que en divertir prodiga
largo caudal de equívocos groseros,
déjale armar la chocarrera escena
allá en el Puente nuevo, en que sus farsas
con estruendosas carcajadas premie
de viles siervos la ignorante turba.

LA EXCELENCIA DE LAS BELLAS ARTES

Rasgo didáctico

También las Musas cuentan por pinceles
el dulce metro y la sonora rima:
y es suyo retratar con rasgos fieles
cuanto en gloria y valor el mundo estima.
Homero fue pintor al par de Apeles.
Quien del estro feliz que a ambos anima
no siente en sí la inspiración secreta
ni será artista, ni nació poeta.
Pásmase el hombre al contemplar la altiva
cúpula del soberbio Vaticano:
mira asombrado que en el mármol viva
la figura de un dios por griega mano:
pásmase al ver que Venus expresiva
salga de un lienzo que animó Ticiano
sin distinguir la mente, mal segura,
si el hombre es criador o criatura.

Mas el Supremo Autor que el orbe mueva
sus dones en el hombre así ha fijado,
que no alcanza a crear la flor más leve,
pero sí a retratar cuanto es creado.
La luz ordena que a su mente lleve
de cuanto tiene forma el fiel traslado:
la imitación que esta verdad exprime
es de las Artes la intención sublime.
Así en terso cristal, o clara fuente,
se pintan montes, árboles y prados,
distintos, desde un seno transparente,
confusos, de cristales empañados,
lo mismo el hombre en luces eminente
los objetos que ve deja expresados

Con tal verdad, cual nunca se previno
al que no goza de su don divino.
¡Oh fantasía! ¡oh genio imitativo,
distinción de la humana inteligencia,
cuánto al placer añades de atractivo!
¡Cuánto a la vida agrado y conveniencia!
Paras el curso al tiempo fugitivo:
y a lo que ya murió das existencia;
por ti cuanta virtud el orbe admira
en lienzo, en bronce, en mármoles respira.

Que en vano escribe páginas la historia
que a referir sucesos sólo alcanza,

si de los héroes dignos de memoria
no nos diera el pincel la semejanza.
Él los presenta respirando gloria,
y ejerciendo el rigor de espada o lanza,
en soberbios bridones cabalgados,
hollando muertos, y arrollando osados.

Veo a Pescara, en el que rige fiero,
y un Rey postrado a su sangriento estribo;
que muestra reprimir su ardor guerrero
por templar la aflicción del Real Cautivo:
veo a Farnesio al reflejar su acero
las raudas ondas del Escalda altivo,
firme en el puente, entre abrasadas ruinas,
burlar la furia de flotantes minas.

Créese ver los bravos campeones,
y los campos pisar en que batallan:
tanta verdad respiran sus facciones,
tan perfecta ilusión los ojos hallan.

Si se muestra el clarín se oyen los sonos,
si cañones se ven piensas que estallan;
causando están pavor brazos que hieren
y moviendo a piedad ojos que mueren.

Mas no siempre el pincel sus rasgos bellos
enluta con la guerra asoladora,
que fecundo a placer extiende en ellos
el manto de la noche o de la aurora;
y el lienzo iluminando en los destellos
de la primera luz que el campo dora,
ofrece grato entre árboles y flores
danzas de ninfas, juegos de pastores.

O bien blanquea un túmulo lejano
entre el verde ciprés y el vago cielo,
que al alma inspira un sentimiento humano
mezclado de dulzura y desconsuelo:
la pastoril Arcadia así en Albano
de lágrimas se ve por entre un velo;
y un recuerdo fugaz hace presente
la mal-dormida pena en nuestra mente.

Del serio en que se ocultan las pasiones
el arte imitador siempre es la llave,

que al colmo de las ínclitas acciones
las abre el paso, y dirigirlas sabe:
bálsamo dulce en duras aflicciones

que de la ausencia el mal hace suave
pues no está ausente todo el que pintado
puede el rostro mirar del bien amado.

Si tal prodigio alcanza la armonía
del color y la sombra contrapuesta,
superior la escultura su osadía
en indócil materia manifiesta:
al peñasco más duro que se cría
de la escabrosa sierra en la alta cresta,
le desbasta, y con mano milagrosa
hace salir las formas de una diosa,

Y nace Galatea. ¡oh dios! Quién diera
tal morbidez al mármol, tal dulzura!
¡Bañarse el labio en risa lisonjera!
¡Latir el doble seno con ternura!
El cincel, por temor de que la hiera,
retira el escultor; y en la hermosura
desconociendo de su genio el fuego,
cae a sus pies enamorado y ciego.
La corriente del tiempo que destruye
generaciones, y el albergue de ellas,
todo lo envuelve en ruinas; pero huye
tal vez de herir a las estatuas bellas:
así a Venus y Apolo restituye
a nuestra admiración, a ser estrellas
que si un tiempo adoró la idolatría,
hoy al bello ideal sirven de guía.

De más altas empresas vencedora,
y engrandeciendo más el genio humano,
la audaz Arquitectura, que aún decora
la griega fama y el poder romano,
es de la vida amable protectora;
y su compás un cetro, que en su mano
fuerza a los destructores elementos
a respetar sus altos monumentos.

Aún duran, fatigando a las edades,
de Menfis los soberbios obeliscos:
aún puentes que dominan las ciudades,

arcos, que enlazan encumbrados riscos,
gimnasios que recuerdan crueldades,
columnas entre rústicos apriscos;
y de elegancia y gusto altos ejemplos
en bellos termas y elevados templos.

Los hombres mueren, y las obras duran:
ni aun polvo son los héroes que recuerdan:
las tres bellas hermanas aseguran
que los frutos del genio no se pierdan:
contra el ocio y la envidia que murmuran
cuantos sienten lo bello en dar concuerdan
larga inmortalidad y eterno brillo
a Miguel Ángel, Fidias, y Murillo.

Tú durarás también, ¡oh maravilla
que del brío español marcas el vuelo
y en elegancia y majestad sencilla
unes el solio a la mansión del duelo:
que el poder de los Reyes de Castilla
muestras a par que el religioso celo;
y recordando la feliz victoria,
bastas de Herrera a eternizar la gloria!

¿Y aún ociosos estáis, hijos de Apeles?
¡Aún esperáis estímulos mayores!
Moved buriles, fatigad pinceles,
preparad lienzos, repartid colores,
y en bellos cuadros mereced laureles
propios a ennoblecer vuestros sudores;
y que la España enseñe a otras naciones
a emprender y pintar nobles acciones.

Que Artes bien nobles son, pues que se pide
hermosura y nobleza en lo que imitan.
Fernando, desde el Solio en que reside,
el amparo les da que necesitan;
y pues su augusto hermano las preside,
Francisco y Sebastián las ejercitan,
y Francisca de Asís se place en ellas,
¡Cómo podrán no ser nobles y bellas!

ELOGIO DE UNA EXCELENTE CANTORA QUE HABÍA DESEADO MUCHO OÍR

¿Eres tú la que realizas
la ficción de las Sirenas,
que arrebatas y enajenas
con armónico raudal:
Cuya voz suspende el alma
en acentos seductores;
tan fresca como las flores,
tan pura como el cristal!

Ya te escucho; y en mí siento
el placer refrigerante
de un cansado caminante
que emboscada fuente halló;
Y después de andar vagando
tras del sordo y manso ruido
el encanto de su oído
a su ardiente labio dio.

¡Qué alma habrá que no te rinda
de su admiración tributos!
¡Qué ojos hay que estén enjutos
cuando cantas tú el amor!

Ni qué español que no aplauda
al ver junto por ti sola,
en una boca española
de Italia todo el honor.

Mas, si a mí solo me es dado
emplear en tus loores
de un triste invierno las flores,
como el viejo Anacreón;
¿Por qué del mérito al lado,
dejarme el cielo ha querido
tan despejado el oído,
tan joven el corazón!

Ya a Semíramis nos cantes,
ya la víctima de Otelo,
tu voz sube y cruza el cielo
cual el rayo tronador;
O bien muere dulcemente
en cadencias amorosas,
como espira entre las rosas
el eco del ruiseñor.

De antiguas sombras amantes
la pasión tu canto expresa,
cuya viva imagen cesa,
al cerrar los labios tú.
Mas ¿cesar podrá el encanto
que obra en mí tu voz divina?
¡Oh! Mai piu, nueva Issolina
olvidarte ¡oh dios! mai piu.

A LA ENTRADA DEL REY NUESTRO SEÑOR EN MADRID DESPUÉS DE PACIFICAR LA CATALUÑA

Canto lírico

Al descubrir la Náyade divina,
que en fresca gruta alberga Manzanares,
la anhelada carroza en que camina
Fernando excelso hacia sus regios lares,
al pecho dio la lira cristalina,
que es sonoro preludio a sus cantares,
y del labio bañado en fiel contento
estas palabras encomienda al viento.

«Nuevo laurel hoy vuestra sien circunda,
señor, y en nuevos rayos resplandece;
nuevo placer también al pueblo inunda
y en vigor nuevo la obediencia crece.
Si en tramas viles la Discordia abunda,
palmas en ello a tu virtud ofrece;
y al monstruo, hasta en el fondo del Cocito,
perseguirá de nuestro aplauso el grito.

Viva, el que con un eco de su boca,
viva, el que con un rayo de sus ojos
hizo volar a la Discordia loca
de los campos que vuelve en sangre rojos;
y a su fuga las gentes, que provoca
a ser de su furor tristes despojos,
cayéndoles las armas de las manos
corrieron a abrazarse como hermanos.

¿Qué no se esperará de ese prestigio
que supo unir pasiones tan rivales,
hasta llevar a cabo el gran prodigio

de extinguir para siempre odios fatales!
Y que al bajar la Furia al lago estigio
diga entre sus ministros infernales:
«Perdí el sudor de afanes tan prolijos;
de Fernando a los pies todos son hijos.»
Cual Bóreas fue tu aliento soberano
contra nubes, que abrigan en su seno
rayos que rugen con rumor lejano
antes que al mundo los fulmine el trueno;
y llega, y las disipa al aire vano,
y deja el cielo azul y el mar sereno;
volviendo el mustio prado en sus colores
a ser alfombra a ovejas y pastores.

La paz, por tus bondades redimida
de los sangrientos brazos de la guerra,
verterá de su falda agradecida
sus ricos frutos en la hispana tierra;
y al contemplarla todos tan florida,
y que el antiguo afán de sí destierra,
esta es, dirán, la mano de un rey justo;
este es el siglo de Fernando Augusto.

Vano será que contra ti la envidia
cien lenguas mueva, y la calumnia ciento,
si es tu virtud broquel a su perfidia,
y el amor de los pueblos tu cimiento;
con armas tales venturoso lidia
tu nombre amado en el íbero asiento:
Pues que, Fernando y español nacido,
son dos títulos más de ser querido.

Ni fuera tardo el Genio en elevarte
estatuas en que vivan tus facciones
a ser los bronce dóciles al arte,
como a ti los rebeldes corazones;
víctimas que robaste al fiero Marte,
lágrimas que enjugaste con tus dones
alas serán que lleven tu memoria
de lengua en lengua a la futura historia.

¡Oh nunca el hado en tu dominio rompa
el hilo de las horas venturosas,
ni vuelvan a escuchar guerrera trompa,
robada la color, madres y esposas!
Sino crezca y se eleve con la pompa

del ave que sus vistas vigorosas
en la lumbre del sol audaz recrea,
y entre las tempestades se pasea.

Pero en tanto, señor, que vuestro oído
de las Musas el canto no rehúsa.
Será su gloria haberos divertido,
y a mi lira infeliz benigna excusa;
y más si ven que en algo han obtenido
una sonrisa de la Augusta Musa,
en cuya frente brilla, y acompaña
la diadema de Apolo a la de España.

Llegaba aquí, cuando el cañón sonoro
saludaba al Monarca alegremente;
añadiendo el clarín marcial decoro
al gozoso clamor de inmensa gente.
Entonces ella, respondiendo en coro
cuantas Náyades pueblan su corriente,
cantó del rey las peregrinas huellas,
y la paz que esparció llores en ellas.

HIMNO

Coro

Lleve el canto victorioso
a los astros la alta acción
del Monarca generoso
que venció con el perdón.

¡Cuánta sangre y llanto enjuto!
¡Cuánta vida libertada!
¡Cuánta madre consolada!
¡Cuánto mal trocado en bien!
¡Qué laurel, oliva o palma
de pacífica victoria
bastará, divina Gloria,
de Fernando a la alta sien!

Sordo al llanto de su esposa
descendió del regio trono
por domar el ciego encono

del anárquico interés.
Llega al pueblo de Barcino,
de justicia sólo armado,
y creyendo hallarle alzado,
se le vio puesto a sus pies.

A sus plantas cae rasgado
del error el negro velo;
a su vista arroja al suelo
su tizón la falsedad.
Y su frente soberana
hace ver a Cataluña
que el rey sólo el cetro empuña
con suprema libertad.

En tan gran borrasca es Iris;
premia al justo, al fiero humilla;
y del Ebro por la orilla
sigue en carro volador;
por las aguas reflejando
rica en galas su victoria;
que es penacho de la Gloria
la piedad del vencedor.

¡Oh qué alegres ya le aguardan
las ciudades populosas,
que en sus márgenes umbrosas
bello adorno al Ebro son!

A sus hijos solo fían
redoblar del carro el giro,
y los brazos dan el tiro,
y la fuerza el corazón.

Levantar se ve a Moncayo,
de su nieve ya desnuda,
la gran frente que ceñuda
otro tiempo osó mostrar:
Se le ve guardando el rayo
para audaces invasores,
y las palmas y las flores
a Fernando prodigar.

A su falda Zaragoza
prueba en gozo su energía
por el rey que defendía

cuando asombro al Orbe dio:
como el héroe al ocio vuelto
muestra en días más felices
las antiguas cicatrices
que en su frente honor grabó.

Mas ¿con qué sorpresa grata
mira el rey que Ebro divino
tiende un brazo cristalino
y una airosa barca en él,
y a Navarra le desliza
entre reinos voladores,
de arboledas y de flores
por un mágico vergel!

Ya brillante en su alborozo
manifiesta bien Pamplona
de Fernando en la corona
piedra ser de suma ley:
el cañón suena en sus muros
con marciales regocijos,
y en las bocas de sus hijos
el clamor de viva el rey.

Óyelo, en lejanos ecos,
la cantábrica comarca,
a la par que del Monarca
ve llegar la Majestad;
y en aquel solar fragoso
no hay terrón que no confirme
que allí siempre se hace firme
la española lealtad.

Su presencia es como Aurora;
pasa breve, apenas brilla;
pues los campos de Castilla
ríen ya bajo sus pies;
y le ofrece el castellano
más servicios de su celo,
que hay de espigas en su suelo,
y de granos en su mies.

Y aldeanos y pastores
le proclaman inflamados,
con los rostros abrasados
al continuo ardor del sol;

y en espigas y vellones
le señalan placenteros
los tesoros verdaderos
para un Príncipe español.

Bien lo dicen tantos ríos
que a sus pies sus urnas mecen
y esperar sólo parecen
de su cetro la señal;
a llevar por mil canales
de sus frutos el tesoro,
y que el mar les vuelva en oro
su riqueza natural.

Mas ¿qué lira armoniosa
dará aliento a la voz mía
con que exprese en este día
de Madrid el gran placer?
Lo que goza al veros juntos
gran Fernando y dulce Amalia,
diga el numen de Castalia,
si a esto alcanza su poder.

Él tan sólo en cuerdas de oro
sabrán hallar felices sonos,
que de hispanos corazones
ruedan ser el eco fiel;
renovando alegres himnos
que a la tierra y cielo avisan
cuando Juno y Jove pisan
el olímpico cancel.

Salve ¡oh, sacras Majestades
que en unión pura y sincera
eleváis la gente Ibera
a la gloria y la virtud!
Nunca espere en nuestro seno
el placer de que hoy blasona;
y la palma que os corona
dure siempre en juventud.

Del furor de guerra impía
tú, Fernando, la alcanzaste,
y piadoso la estimaste
en más precio que el laurel.
Perdonando al ya rendido,

de su error desengañado,
vivo el brazo le has dejado,
y te servirá con él.

Así el orbe ha conocido
que en la anárquica tormenta
gana más quien más aumenta
de sus pueblos el amor;
y muy más aquel que el cielo
destinó desde la cuna
a luchar con la fortuna,
y rendirla a su valor.

Y cuando otros, deslumbrados
de trofeos militares,
dejan yermos los hogares
de la caja al ronco son;
y en legiones hacinando
de la edad la flor amable
la hacen blanco miserable
del mortífero cañón;
que al asalto la concitan
de ciudades incendiadas,
relumbrando las espadas
entre el fuego más voraz:
tú, ejerciendo en tus vasallos
tu benéfico deseo,
haz, del mar al Pirineo,
el asilo de la paz.

Cesó: mas antes que su cuerpo airoso
entregase del agua a la frescura,
viendo perderse el carro presuroso
de árboles, gente y polvo en la espesura,
dijo, elevada en el aspecto hermoso,
que el regio brillo uniendo a la dulzura
se disputaran con rival anhelo
por flor la tierra, por estrella el cielo...

«¿Quién es aquella que entre nubes gira,
como en el vago azul luna esplendente,
que el lauro de Helicón ciñe en sus frentes
y el brazo tiende a la argentada lira?

Los ojos vuelve al cielo que la inspira,
su luz negando a la terrena gente,

¡ah! Si le pide a su Fernando ausente;
harto tiempo por él Madrid suspira.

Mas si ya se halla en tu presencia bella,
si a tu lado su vida está segura,
y deja atrás tan victoriosa huella;

Vuelve a nosotros ya la frente pura,
y déjanos gozar, Amalia, en ella
de Fernando la Gloria, y tu ventura.»

EL CIPRÉS, O EL LLANTO DE UNA MADRE

Canción

Triste Ciprés que entre las nubes meces
tu oscura cima, y tu letal verdor,
tú, que obelisco de aflicción pareces,
al cielo eleva mi infeliz clamor:
una flor lloro que la parca dura
robó a mi seno en su primer matiz:
un hijo tierno, flor de mi ventura,
que voló al cielo, y me dejó infeliz.

Nunca a mi falda le verán mis ojos
venir alegre, y retozar gentil;
ni más mi rostro de sus labios rojos
sentirá el beso, entre caricias mil.
¡Ay para siempre en su graciosa boca
de madre el nombre al espirar se heló!...
Y el de hijo, en vano, mi cariño invoca
que ya de un ángel no soy madre yo!
Triste Ciprés, si el lúgubre murmullo
del viento airado te agradó tal vez,
si te complace el gemidor arrullo
de tortolilla en mísera viudez,
pasará el viento, cesará el gemido,
y tú en el yermo solo quedarás:
mas de esta madre el llanto dolorido
será contigo sin cesar jamás.

ARANJUEZ EN LOS DÍAS DEL REY NUESTRO SEÑOR

Oda

¡Cuán bella, cuan risueña
la Aurora de su carro nacarado
Se alza, y al mundo enseña
en pendón recamado
el nombre augusto del Monarca amado.

Del Sol a quien precede
tan claro nombre excusa la saluda,
que el Sol prestar no puede
mayor contento y vida
que da este nombre a su nación querida.

Espárcese en la esfera
el fuego de los pechos españoles,
y Aranjuez reverbera
en la luz de mil Soles,
con desusados brillos y arreboles.

Cual nunca se regala
el aire en aromáticos olores;
cual nunca de su gala
se revisten las flores,
cual nunca halagan hoy los ruseñores.

Ni más puras y bella,
dispuso el claro Tajo sus corrientes
por reflejar en ellas
retratos transparentes
de amenos bosques y graciosas fuentes.

Los raudales partidos
con que a la Isla el río está ciñendo,
de golpe desprendidos,
y en cascadas cayendo,
el aire llenan de apacible estruendo.

Haciendo se deslice
después el agua tan serena y rasa,
que al pensamiento dice
de movimiento escasa,
así la vida resbalando pasa.

A su murmullo manso
acompaña el del viento que al frondoso
bosque no da descanso,
y su penacho umbroso
balancea con silbo sonoro.

Y del concierto blando
me parece salir salva festiva,
que al expresar cantando
las aves «viva, viva»;
¡Fernando! Añade el aura fugitiva.

Sí, Fernando adorado,
dos veces a tu pueblo fiel perdido,
dos veces rescatado,
tu nombre es el sonido
que más encanta al español oído.

Hoy le aclaman triunfantes
los que no le perdimos de memoria
cuando fuimos constantes
en darte la victoria
contra los enemigos de tu gloria.

Ya que días mejores
gozar te vemos con feliz mudanza
y grato en sus colores
el Iris de bonanza
de un cabo al otro de tu vida alcanza.

Ojalá llegue a tanto
tu gloria y dicha en el íbero suelo
como la goza el Santo
tu glorioso abuelo,
que fue en la tierra tu mejor modelo.

Que si la dicha pura
es en el mundo incierta mariposa,
de ella al fin te asegura
esa tu cara Esposa,
que de toda virtud es copia hermosa.

A quien sirven leales,
cuidando de templar su regia lira,
las Musas celestiales
cuando piadosa admira,

con dulces versos que tu amor le inspira.

Hoy su voz delicada
sabr  daros, Señor, digna armonía,
mientras que de cansada
siento yo que la mía
no pueda haceros más feliz el día.

COMPLACIENDO AL DESEO DE UNA SEÑORA, QUE HABÍA CONOCIDO DESDE NIÑA, DE QUE ESCRIBIESE VERSOS EN SU LIBRO DE MEMORIAS

Este libro en sus hojas me convida
a recrear mi mente en tu belleza,
dulce tarea de la edad florida
que la razón prohíbe a mi flaqueza;
mas todo junto a ti, Clarisa, es vida,
al frente de tus ojos no hay tibieza;
y la pluma, a que alumbran sus fulgores,
o nada ha de escribir, o escribe amores.

Y ya te represente el pensamiento
en formar flores  mula a Natura;
ya juntando al armónico instrumento
de tu gracioso labio la dulzura;
ya volando a caballo a par del viento
al soberbio animal dando hermosura;
no hay corazón que dude en tal instante
si nació para amigo o para amante.

El mío del papel al blanco armiño
confía esta expresión afectuosa;
que no es posible te hable sin cariño
quien te mir  pimpollo, y te ve rosa;
mas  ay! que al ver mis versos sin aliño
al pedestal de imagen tan preciosa
todos dirán  qu  Musa tan avara!
Mas merece la flor de Trastamara.

A OTRA EN IGUAL OCASIÓN

 Qu  quieres ya de una lira
enmohecida y cansada!

¡Que de una musa olvidada
que en vez de cantar suspira!
Ya tristemente delira
quien dulcemente cantó:
si un tiempo el amor sacó
de mi rudeza centellas,
hoy la amistad vive de ellas,
y esa te consagro yo.

AL ORIGINAL DE UN RETRATO MUY PARECIDO

Epigrama

¿Qué diré, que no hayan dicho
cuantos ven en ese ceño
de lo esquivo y lo halagüeño
el más gracioso capricho?

Te diré, gentil Matilde,
que el que busque en tu retrato
cuanto al gusto le es más grato
no le enmiende ni una tilde.

RECORDANDO EL MÉRITO DE LA DIFUNTA MARQUESA DE SANTA CRUZ CON MOTIVO DE LAS BELLAS OBRAS DE SU MANO QUE SE EXPUSIERON EN LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO

Inscripción

*En pintar tan extremada,
como bella en su figura,
era la mejor pintora,
y era la mejor pintura.*